

Además...

EL CANTO DE AMOR Y MUERTE DEL CORNETA CRISTOBAL RILKE

"... el 24 de noviembre de 1663-Otto Von Rilke en Langenau, Graunitz y Zieggraf cerca de linda fue investido con la parcela del dominio de linda dejada por su hermano Cristóbal caído en Hungría; sin embargo, debió extender una constancia reversible, por la que esa tenencia feudal, que daría mula e inválida en el caso de que su hermano Cristóbal (quien de acuerdo a la partida de defunción presentada había muerto como corneta en la Compañía del Barón de Pirvano, del Regimiento de Caballería Imp. Austr. de Heyter...) volviere..."

CABALGAR, cabalgar, a través del día, a través de la noche, a través del día. Cabalgar, cabalgar, cabalgar.

Y el ánimo se se vuelto tan débil y la nostalgia tan grande. Ya no hoy montaña alguna, apenas un árbol. Nada se atreve a descollar. Extrañas chozas acurrucadas, sedientas junto a fuentes fangosas. En ningún sitio una torre. Y siempre el mismo cuadro. Se tiene dos ojos de más. Sólo en la noche, y a veces, se cree reconocer el camino. ¿Acaso desandamos siempre, en horas nocturnas, la etapa que hemos ganado penosamente bajo el sol extranjero? Puede ser. El sol agobia, como entre nosotros en lo más intenso del verano. Pero era verano cuando nos despedimos. Los vestidos de las mujeres lucían largamente sobre lo verde.

Y ahora hace ya tiempo que cabalgamos. Debe, pues, ser otoño. Por lo menos allá, donde afligidas mujeres saben de nosotros.

El de Langenau se vuelve en su silla y dice: "Señor Marqués..." Su vecino, el pequeño y fino francés, ha estado parlotando y riendo durante tres días. Ahora ya no sabe más qué decir. Es como un niño que necesita dormirse. El polvo se ha posado sobre su blanco y delicado cuello de encaje: el marqués no lo advierte. Marchitase lentamente en su silla afelpada.

Pero el de Langenau sonríe y dice: "Tenéis unos ojos extraños, señor marqués. Seguramente os parecéis a vuestra madre".

Entonces el pequeño florece una vez más y desempolva su cuello y se muestra renovado.

por RAINER MARIA RILKE

Alguien cuenta de su madre. Un alemán, sin duda. Fuerte y lentamente asienta sus palabras. Como una niña, que enlaza flores, prueba pensativamente flor tras flor y no sabe aún lo que será el todo, así ajusta él sus palabras. ¿Para alegrarse? ¿Para entristecerse? Todos escuchan. Hasta el escupir termina. Porque son caballeros decorosos que saben lo que corresponde. Y quien, en el grupo, no conoce alemán, lo comprende de pronto, percibe palabras aisladas: "De noche..." "cuando niños..."

He ahí amados, a esos caballeros, venidos de Francia y de Borgoña, de los Países Bajos, de los valles de Carintia, de los castillos de Bohemia y del emperador Leopoldo. Porque lo que uno cuenta, también los otros lo han experimentado y justamente así. Como si hubiera una sola madre...

Así se cabalga noche adentro, en un atardecer cualquiera. Se ca

lla de nuevo, pero se lleva consigo las palabras deslumbrantes. He ahí que el marqués se quita el yelmo. Sus oscuros cabellos son suaves y, cuando inclina su cabeza, se le esparcen casi feminilmente sobre la nuca. Ahora también el de Langenau lo advierte: a los lejos, algo se eleva en la irradiación, algo esbelto, opaco. Una columita solitaria, semiderruida. Y, cuando ya se han adelantado largamente, más tarde, cae en la cuenta de que aquéllo era una Madona.

Fuego de vivac. Se está sentado alrededor y se espera. Se espera que alguno cante. Pero se está tan cansado. Pesada es la luz rojiza. Yace sobre los zapatos polvorientos. Trepa hasta las rodillas, mira hacia el interior de las manos entrelazadas. No tiene alas. Los rostros quedan a oscuras. A pesar de ello, los ojos del pequeño francés brillan un instante con



SUPLEMENTO DOMINICAL DE "LA REPUBLICA" CON ESTE CONTENIDO:

- * EL CANTO DE AMOR Y MUERTE DEL CORNETA CRISTOBAL RILKE, por Rainer María Rilke.
- * MI MUSA, por Aquileo J. Echeverría.
- * ANECDOTARIO NACIONAL, por Carlos Fernández Mora.
- * HIDALGO: PERSONAJE DE TRAGEDIA, por José Mancisidor.
- * HISTORIA DEL PODER EJECUTIVO EN COSTA RICA, por Rafael Obregón Loria.
- * LONDRES APLAUDE A UN NUEVO RATTIGAN, por A. D.
- * RECUERDO DE EUGENIO MARIA DE HOSTOS.
- * EL TICO Y SU TIERRA, por William Vogt.
- * ARTE Y SENTIMIENTO, por José Edmundo Clemente.
- * GANDHI Y NEHRU, por Juan Marín.
- * Los libros y los días: VALLE INCLAN Y EL SENTIDO COMUN, por Ramón Sender.
- * CARTAS FEMENINAS, por Luz del Alba.

San José, Costa Rica, 7 de marzo de 1954.—
Nº 88

luz propia. Ha besado una rosa diminuta, y ella puede ahora seguir marchitándose en su pecho. El de Langenau lo ha visto, porque no puede dormir. Piensa: Yo no tengo ninguna rosa, ninguna.

Después canta. Y es su antiguo cantar melancólico que, en su tierra, las muchachas entonan por los campos, en otoño, cuando terminan las cosechas.

Dice el marquesito: "¿Sois muy joven, señor?" Y el de Langenau, entre afligido y desafiante: "Dieciocho". Después callan.

Luego pregunta el francés: "¿Tenéis también una novia, en vuestra tierra, señor hidalgo?"

"¿Vos?", replica el de Langenau.

"Es rubia como vos".

Y callan nuevamente, hasta que el alemán exclama: "¿Pero por qué diablos os sentáis entonces en la montura y cabalgáis al encuentro de los perros turcos a través de esta comarca envenenada?"

El marqués sonríe: "Para volver".

Y el de Langenau se entristece. Piensa en una muchacha rubia, con la que jugaba. Asperos juegos. Y desearía volver al hogar, por un instante solamente, solamente por el tiempo que se necesita para decir las palabras: "¡Magdalena, por haber sido siempre así, perdóname!"

¿Cómo fué?, piensa el joven señor.—Y ya están lejos.

Una vez, de mañana, aparece un jinete, y después un segundo, cuatro, diez. Todos de hierro enormes. Después mil, detrás: el ejército. Es preciso separarse.

"Volved felizmente a vuestra casa, señor marqués."

"María os ampare, señor hidalgo."

Y no pueden separarse. De pronto se han hecho amigos, hermanos. Ambos tienen algo más que confiarse: porque ya saben tanto el uno del otro. Se demoran. Y hay prisa y estrépito de herraduras a su alrededor. Entonces el marqués se quita el amplio guante derecho. Descubre la diminuta rosa, desprende de ella un pétalo. Como si frangiera una hostia.

"Esto os protegerá. Adiós". El de Langenau se asombra. Largo rato mira hacia el francés. Luego desliza el pétalo extranjero debajo de la casaca. Y éste asciende y descende sobre las olas de su corazón. Clarinada. Cabalga hacia el ejército, el hidalgo. Son-

extranjera lo protege.

rie melancólicamente: una mujer
Un día entre el equipaje bélico. Imprecaciones, colores, risas: de ello relumbra el campo. Llegan corriendo unos chiquillos abigarrados. Riñas y llamadas. Llegan mujerzuelas con sombreros purpúreos sobre los cabellos flotantes. Señas. Llegan escuderos, pavonados como noche errabunda. Aferran a las mujerzuelas con tanto ardor que les desgarran los vestidos. Las oprimen sobre el borde del tambor. Y ante la salvaje resistencia de las manos presurosas, despiertan los tambores, como en sueño, redoblan, redoblan. Y, al anochecer, le alcanzan linternas, extrañas linternas: vino, resplandeciente en los cascos de hierro. ¿Vino? ¿O sangre? —¿Quién podría distinguirlo?

Al fin delante de Spork. Junto a su caballo blanco se yergue el conde. Su largo cabello tiene el brillo del hierro.

El de Langenau no ha preguntado nada. Reconoce al general, salta del caballo y se inclina en una nube de polvo. Trae consigo un escrito que debe recomendarlo ante el conde. Pero éste ordena: "Léeme el papelote". Y sus labios no se han movido. No los necesita para eso: precisamente son bastante buenos para imprecar. En todo lo demás habla su mano derecha. Punto. Y se lo advierte. El joven señor ha terminado hace ya largo tiempo. No sabe más dónde se halla. Spork lo cubre todo. Entonces dice Spork, el gran general: "Corneta".
Y eso es mucho.

La compañía acampa allende el Raab. El de Langenau cabalga hacia allá, solo. Llanura. Noche. La guarnición delantera de la montura brilla a través del polvo. Y en esto asciende la luna. El lo advierte en sus manos.

Sueño. Pero algo grita hacia él. Grita. Grita, le desgarran el ensueño. No es un buho. Misericordia: El único árbol grita hacia él. ¡Hombre!

Y él mira: algo se retuerce. Se retuerce un cuerpo a lo largo del árbol, y una jovencita, ensangrentada y desnuda, lo asalta: ¡Librame!

Y él se apea en la hierba penumbrosa y cercana las ardientes ligaduras; y ve el fulgor de las miradas y los dientes que muerden.

¿Ríe ella?

El se estremece. Y ya está sentado a caballo y galopa en la noche. Sangrientos cordeles aferrados en el puño.

El de Langenau escribe una carta, reconcentrado en sus pensamientos. Despaciosamente diseña con letras grandes, severas, enhiestas:

"Mi buena madre: enorgullecete: llevo la bandera, no te preocupes: llevo la bandera, quiéreme: llevo la bandera".

Después guarda la carta en la casaca, en el lugar más secreto, junto al pétalo de rosa.

Y piensa: Pronto estará perfumada. Y piensa: Quizá alguien la encuentre alguna vez... Y piensa: porque el enemigo está cerca.

Galopan sobre un campesino asesinado. Tiene los ojos anchamente abiertos, y algo se refleja en el fondo: no cielo. Luego pululan perros. Se acerca, pues, una aldea, por fin. Y, sobre las chozas, pétreo, se yergue un castillo. Espacioso, se les tiende el puente. La portada se agranda. Alta sueña la bienvenida del cuerno. Escucha: estrépito, tintineo y ladri-

MI MUSA

*Mi musa es joven y ardiente,
morena, de erguido seno,
boca sensual y más roja
que las bayas del café;
blanca y firme dentadura
que es albo nido de besos;
ojos grandes expresivos,
dulces, brillantes, serenos.*

*Una espalda tentadora,
mórbida como su cuello,
unos brazos que si abrazan,
es difícil salir de ellos.*

*Corre por su cuerpo criollo
la roja sangre del pueblo,
fresas fingiendo en su boca,
rosas en su cutis terso,
y en la gloria de sus ojos
cálido fulgor de incendio.*

*Canta a mi patria adorada,
canta a mi ubérrimo suelo
a mis floridos rosales
a mis frondosos cafetos;
al mozo fuerte y honrado,
alegre, bueno y sincero;
a la moza de alma blanda
y de durísimo seno,
a nuestras altas montañas
a nuestros valles risueños,
a nuestra tierra fecunda,
a nuestro límpido cielo.*

*Que no brinda en copa de oro
sino en los cálices bellos
que le ofrecen los claveles,
ya de nieve, ya de fuego,
que embalsaman con su aroma
mi apacible y caro huerto.*

Aquileo J. ECHEVERRÍA

dos. Relinchos en el patio, coces y llamadas.

Descanso! Ser huésped una vez. No siempre atender uno mismo sus apetencias con ración mezquina. No siempre tomarlo todo hostilmente: dejar que una vez todo nos acontezca y saber: lo que acontece es bueno. También el ánimo tiene que distenderse una vez y replegarse sobre sí mismo al borde de las mantas satinadas. No siempre ser soldado. Llevar una vez los rizos sueltos y abierto el amplio cuello y sentarse en sillones de seda y hasta la punta de los dedos sentirse como después del baño. Y empezar a aprender de nuevo qué son las mujeres. Y cómo se comportan las blancas y cómo son las azules: qué manos tienen, cómo cantan su risa, cuando los rubios muchachos traen las hermosas fuentes agobiadas de jugosos frutos.

Empezó a modo de comida. Y se convirtió en una fiesta, apenas se sabe cómo. Las altas llamas tremolaron, las voces vibraron, confusos cánticos tintinearón en los cristales y los destellos, y al fin, de los compases ya maduros, restalló la danza. Y a todos arrastró con ella. Era un batir de olas en los salones, un encontrarse y un elegirse, un despedirse y un volver a encontrarse, un embriagarse de luz y un deslumbrarse y un balancearse sobre las brisas de verano que discurren en los ropajes de las mujeres apasionadas.

Del vino oscuro y de mil rosas la hora susurrante fluye en el sueño de la noche.

Y uno está ahí y contempla asombrado esta maravilla. Y de tal manera que se pregunta si va a despertarse. Porque sólo en el sueño se ve tal suntuosidad y tales fiestas, tales mujeres: su más leve ademán suscita un pliegue que recae en el brocado. Entretejen horas con plateados discreteos, y a veces alcanzan las manos así — y debes pensar que en alguna parte, a la que no alcanzas, cortan rosas suavísimas que tú no ves. Y entonces sueñas: estar adornado con ellas y sentirse feliz de otra manera y merecer una corona para tu frente que está desnuda.

Uno, vestido de blanca seda, reconoce que no puede despertar; porque está despierto y es confundido por la realidad. Huye pues atemorizado hacia el ensueño y

permanece en el parque, solitario, en el parque penumbroso. Y la fiesta está lejos. Y la luz miente. Y la noche lo circunda y es fresca. Y a una mujer que hacia él se inclina le pregunta:

"¿Eres la noche?"

Ella sonríe. Y él se avergüenza entonces de su vestidura blanca. Y quisiera estar lejos y solo y armado.

Completamente armado.

Te has olvidado que eres mi paje por este día? ¿Me abandonas? ¿Adónde vas? Tu vestidura blanca me da derecho sobre tí".

¿Echas de menos tu gracera casaca?

"¿Tiemblas? ¿Sientes nostalgia?"

La condesa sonríe.

No. Es tan sólo porque a él la niñez acaba de caérsele de los hombros, suave túnica oscura. ¿Quién se la ha quitado? ¿Tú?, se pregunta con una voz que hasta entonces no ha oído nunca ¡Tú!

Y ahora nada lo cubre. Y está desnudo como un santo. Claro y esbelto.

Lentamente se apaga el castillo. Todos están agobiados: cansados o enamorados o ebrios. Después de tantas vacías y largas noches de campamento: camas. Anchas camas de encina. Allí se reza de otro modo que en los lamentables surcos del camino, los cuales, al querer uno dormirse en ellos, son como una tumba.

"¡Señor, hágase tu voluntad!"
En el lecho los rezos son más breves.

Pero más fervorosos.

El aposento de la torre está oscuro.

Pero ellos se iluminan el rostro con sus sonrisas. Tantean delante de sí como ciegos y encuentran al otro como una puerta. Casi como niños, a los que la noche atemoriza, se estrechan el uno contra el otro. Y sin embargo no se temen. Nada hay ahí en contra de ellos; ni ayer, ni mañana, pues el tiempo se ha desmoronado. Y tornan a florecer sobre sus propias ruinas.

El no pregunta: "¿Tu esposo?"
Ella no pregunta: "¿Tu nombre?"

En verdad se han encontrado

para identificarse en una generación nueva.

Se darán cien nombres nuevos y uno al otro se los quitarán en forma recíproca, suavemente, como se quita un aro de la oreja.

En la antecámara, sobre un sillón, cuelga la casaca, la bandolera y la capa del de Langenau. Los guantes yacen sobre el suelo. Su bandera se mantiene rígida, apoyada en el crucero de la ventana. Es negra y angosta. Afuera una tormenta corre por el cielo y hace pedazos de la noche, blancos y negros. El claro de luna pasa como un largo relámpago y la bandera inerte tiene formas inquietas. Sueña.

Está abierta una ventana? ¿Está la tormenta en la casa? ¿Quién golpea las puertas? ¿Quién atraviesa las habitaciones? Deja. Que sea quien fuera. No encontrará la cámara de la torre. Como detrás de cien puertas está ese gran sueño que dos seres tienen en común: tan en común como una madre o una muerte.

¿Es esto la mañana? ¿Qué sol se levanta? ¿Tan grande es el sol? ¿Esos son pájaros? Sus voces están en todas partes.

Todo es claro, pero no es el día. Todo rumorea, pero no son voces de pájaros. Son las vigas que brillan. Son las ventanas que gritan. Y gritan, rojas, adelantándose hacia el enemigo, que está afuera en la flameante campiña, y gritan: Fuego.

Y, con el sueño desgarrado sobre los rostros, se precipitan todos, a medias recubiertos de hierro, a medias desnudos, de cámara en cámara, de refugio, y buscan la escalera.

Y con el aliente estrangulado los clarines balbucean en el patio: ¡A formar, a formar! Temblorosos tambores.

Pero la bandera no está ahí. Llamadas: ¡Corneta!

Pero la bandera no está ahí.

Corre en competencia con incendiados pasillos: a través de puertas, que lo encierran ardentemente, sobre escaleras que lo quemán, se evade del edificio enfurecido. En sus brazos lleva la bandera como a una blanca, desmayada, mujer. Y encuentra un caballo, y es como un grito: por sobre todo, y anteponiéndose a todos, aun a los suyos. Y entonces la bandera vuelve en sí, y nunca fué tan real; y ahora todos la ven a lo lejos, adelante, y reconocen al hombre claro y sin casco, y reconocen la bandera...

Pero en esto ella empieza a resplandecer, se despliega, se ensancha, se empurpura...
Ahí se quema la bandera en medio del enemigo, y galopan a su zaga.

El de Langenau ha avanzado entre el enemigo, pero completamente solo. El miedo ha abierto un espacio circular a su alrededor, y él resiste dentro, en el medio, debajo de la bandera que se consume poco a poco.

Despaciosamente, casi pensativo: mira en torno. Ante él hay muchas cosas extrañas y abigarradas. Jardines—piensa, y sonríe. Pero he ahí que de pronto siente que unas miradas lo detienen y reconoce a hombres y sabe que son los perros infieles y lanza su caballo hacia el pleno entrevero. Pero, sin embargo, ahora, cuando todo vuelve a cerrarse a su alrededor, todo es otra vez jardines, y los dieciséis

sables curvos, que recaen sobre él, destello a destello, son una fiesta.

Un surtidor sonriente.

La casaca se quemó en el castillo, con la carta y el pétalo de rosa de una mujer extranjera.

En la primavera siguiente (llegó triste y fría) un correo del barón de Pirovano cabalgó lentamente hacia Langenau. Allí vio llorar a una anciana.

Por Rainer María Rilke.
traducción de Angel J. Battistessa

SOBRE EL CORNETA, DE RILKE (concertación temática).

Por Angel J. Battistessa

Con el "Canto de Amor y Muerte", Rilke empezó a ser conocido por el gran público, pero el escritor apenas si compartió el entusiasmo de sus lectores por esta obra de sus primeros levantamientos literarios.

Las circunstancias en que Rilke compuso "El Corneta" pueden ser perfectamente establecidas. Una noche de aquel otoño de 1899, mientras a la luz de dos bujías ordenaba amarillentos papeles de familia, el poeta encontró un pliego descolorido. Procedía éste de un registro curialesco, y era una copia solicitada años antes en el Archivo de Dresde por Jaroslaw von Rilke, uno de sus tíos paternos. (Carta a Hermann Pongs, castillo de Muzot, Valais, 17 agosto, 1924). En su terminología casi ferial con data de 1663, la página del añejo registro aludía a la muerte de Cristóbal Rilke, señor de Langenau y presunto antepasado del propio Rainer María. Sobre tan parco y prosaico indicio, lejamente abismado en el río secular de su ascendencia, el joven lírico dió en imaginar la brevísima pero intensa historia del Corneta.

"Al comienzo —resume bellamente Vincenzo Errante—, la horrible y brutal realidad de la guerra; o, mejor dicho, del malestar que la precede; en la lúcida conciencia hastiada y azorera, la olvidada embriaguez del encuentro cuerpo a cuerpo. El eterno, el monótono cabalgar, siempre a través del mismo paisaje, entre el silencio desolado de las llanuras desiertas. Orejas de los vivaques, en los acantonamientos improvisados. Y en medio de tanta crudeza y aridez extrema —por contraste—, un romántico florecer de sentimientos delicados y corteses, como un despuntar de corales sobre el hierro y el fuego. La tierna amistad fraterna entre el imberbe camarada caballero de Francia, y el joven Cristóbal Rilke; la conmovida conversación sobre la madre y una muchachita lejana. Luego la llegada al castillo. Y un efímero retorno al alivio de la vida refinada y mundana, después de tanto adormecerse al sereno expuestas a peligros insidiosos. Una desusada risa, un desusado gorrión, un desusado aroma femenino. Un trocarse el festín en danza.

Y para el alférez el halago de la blanca túnica de seda sobre el cuerno macerado por la armadura. A poco, la tiniebla nocturna en el parque. Y la revelación en la que el adolescente tímido y candoroso aprende de la mujer, como soñando y sin buscarlo por sí mismo, el misterio del amor. Por último, al quebrar el alba, el repentino incendio del castillo, el asalto del enemigo. La tumultuosa reunión con el sueño "desgarrado sobre los rostros", entre el rauda farfollar de los cuernos, el redoblar de los tambores y el pifar de los corceles. Y el joven alférez se levanta, así, en su primera y última noche de a-

mor. Sin casco y sin armadura se precipita al caballo. Se adelanta a la tropa. Se arroja en medio del enemigo, y cae bajo el estandarte que lentamente se incendia, se desparrama, se esparce y enrojece. Cae herido por las luciértagas cimitarras de los turcos, en las que ve, alucinado, un surtidor sonriente".

La sola exposición del poema anticipa sus aciertos: vivacidad narrativa, primor descriptivo, brillantez verbal; y sus puntos débiles: sentimentalismo moroso, delicuescencia prosódica, mezcla de modalidades expresivas antagónicas.

En años de madurez, cuando la tenuidad emotiva de los primeros escritos cedió poco a poco a un patetismo sensiblemente más saneado, el propio Rilke apenas se avenía a reconocer al Corneta, y no sin "una sonrisa torcida".

Dueño ya de una noción ascética y vigorosa del arte, lo que le molestaba sobremanera era el corte un tanto romanesco del relato. Aunque con imagen preciosista, acierta E. M. Butler cuando dice que el "Canto de Amor y Muerte" terminó por ser para Rilke algo así como "una esvinita galante en su carne estética."

Pero otros motivos —tal vez menos conscientes— acentuaron el desapego de Rilke por la obra que lo había dado a conocer en tantos países y comarcas. La metódica carrera editorial de "El Corneta" había creado muchos de los equívocos y malentendidos que según el gran escritor constituyen lo que comúnmente llamamos "gloria".

Pasaban los años, y el público —por lo menos parte considerable del público— no leía sino el Canto. Nunca pretendió Rilke tener muchos lectores, y ahora que los tenía, éstos parecían retenidos por una obra en la que él no reconocía ya su voz. (Carta al barón Thankmar von Münchhausen). Además, en estos afligentes días de guerra, él, uno de los mayores "europeos", después de Goethe, comprobaba que se había equivocado y que la simbólica amistad del francés y el alemán de su relato sólo era, en ese trágico entonces, un pobre absurdo lírico.

Algo debió consolarlo: acaso la certidumbre de haber entonado anticipadamente un himno de alabanza a los que murieron jóvenes.

En pocas horas el señor de Langenau cumple un ciclo de decenios: ternura filial, amistad caballeresca, entereza heroica, amor sin retener, ímpetu guerrero "El joven alférez —precisa Vincenzo Errante— cae cuando tiene apenas dieciocho años. ¿Qué importa, si va ha vivido plenamente y puede morir con decoro? El acorde "musical" entre la vida y la muerte —en suma el único acorde de Rilkeano— ha sido conseguido. La "necesidad" se cumple en la beatitud de la armonía".

Esta primera concertación, ya tan decidida, es precisamente la que confiere importancia a las páginas de "El Corneta". Después de la adolescencia sólo promisoría hasta los veinticuatro años, y la velada de otoño en que dió forma a sus páginas nunca había acertado Rilke con un mayor anticipo de sí mismo.

Por esto, también en lo expresivo y el escritor adelanta una nota nueva en la que su estilo se sustantiva y califica.

Y poco importa que en "El Canto de Amor y Muerte" puedan señalarse reminiscencias de Lillienron o recuerdos de Julián de Médici. Por sobre coincidencias, y puntos de semejanza, las maneras verbales de Rilke no hacen sino manifestar, en imágenes y ritmos, su peculiarísima visión del mundo y una etapa, ya decisiva, de su comportamiento estético.

Anecdótico Nacional

por CARLOS FERNANDEZ MORA

Dibujos de José Solano V.



P

ACO Soler fué un humorista fino que dirigió con todo acierto el semanario de crítica y de combate "LA LINTERNA", en tiempos del gobierno de los Hermanos Tinoco.

Estuvo siempre este distinguido

y culto escritor lleno de salidas ingeniosas.

Una vez, algún amostazado, por que Paco Soler le enamoraba a la hermana, amenazó con propinarle una paliza, a lo que el escritor festivo y siempre risueño, cortésmente, le replicó:

—"MEJORES PROPOSICIONES ME HAN HECHO Y NO LAS HE ACEPTADO"...

ELECTRIFICACIÓN DE LA INDIA

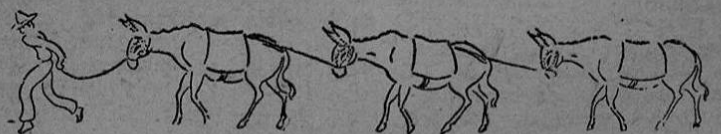
En el Instituto de Tecnología de Kharagpur, cerca de Calcuta, se ha inaugurado recientemente una escuela de ingenieros de puentes y caminos, que se encuentra entre las mejores de su género en el Asia del Sudeste. Esta escuela ha sido creada con la cooperación del ingeniero noruego Prof. Inge Lyse —enviado por la Unesco para cumplir su programa de Ayuda Técnica— y se especializa actualmente en los trabajos de hidráulica y de mecánica del suelo. Del Instituto de Kharagpur saldrán los futuros ingenieros y especialistas que deben participar en la instalación de las grandes presas en el plan quinquenal de electrificación de la India.

La primera de esas instalaciones, inaugurada recientemente, se encuentra en el río Tungabhadra, cerca de la frontera entre los Estados de Hyderabad y de Madrás y cuenta con un lago artificial de una superficie de 340 kilómetros cuadrados, que permitirá regar más de 400.000 hectáreas y proveer de electricidad a toda

la región. De esas 400.000 hectáreas de riego, más de 300.000 serán consagradas al cultivo de cereales y el resto a dehesas. La presa permitirá igualmente retener las aguas de las inundaciones durante el monzón.

La presa de Tungabhadra, instalada por un equipo de ingenieros de la India y por obreros de la localidad, es el magnífico resultado de la colaboración de tres Estados: Madrás, Hyderabad y Misore. Los trabajos de esta obra han permitido dar empleo a cerca de 150.000 habitantes de una región particularmente pobre y constantemente amenazada por el hambre y la desocupación.

También en la India, en la región de Pilani, ha comenzado recientemente la construcción de un nuevo Instituto de investigaciones radiofónicas y electrónicas. Este Instituto es uno de los principales elementos de una red nacional de laboratorios y de institutos de investigación que ha comenzado a llevar a la práctica el Gobierno de la India.



Hidalgo: Personaje de tragedia

Por JOSE MANCISIDOR



MANECIO el 30 de julio de 1811. El sol, un sol septentrional, apuntó en el oriente. Chihuahua había velado la noche anterior mientras él, aquella última noche de su existencia, soñaba el sueño de la redención humana. Ahora, a su alrededor, un hondo silencio lo invadía todo: el cielo y la tierra; las ciudades y los campos; los ríos y las montañas; un hondo, hiriente silencio que crecía y crecía hasta hacerce una cerrada, terrible angustia, que se reflejaba en los semblantes.

Avanza la mañana y las horas se acortaban: se hicieron, de pronto, minutos; luego no fueron sino segundos; después fragmentos de segundo y, al fin, nada. Una nada absoluta que se llenaría, sin embargo, con la gloria de su nombre.

Las nueve de la mañana... Nació un marchar acompasado y un desfile de sombras cuyo perfil se recortó, con duros trazos, sobre la luz del sol. Nadie hablaba, porque sobraban las palabras, ron su eficacia. El se puso de pie y oró. Oró a ratos, recapacitó en otros, convencido, no obstante, que como en el pensamiento de Sarmiento, él había labrado, igual a las orugas, un capullo, que sin llegar a mariposa, se sobreviviría para ver que el hilo destpuerto por su esfuerzo sería utilizado, después de su muerte, por aquellos que lo siguieran en ese mismo anhelo que lo llevaba, con consciencia ofrenda de su vida, a la muerte.

En medio de la tropa que lo escoltaba, su noble figura cobró relieve. Cargado de hombros, parecía esbelto. Entrado en años, parecía joven. Su paso era ágil y daba la impresión, por la viveza de sus ojos, de una luz interior que le brotaba, a destellos, por las pupilas.

Al frente de la escolta, un oficial dirigía la marcha. El camino se hizo en silencio. El hombre continuaba orando y sostenía, un crucifijo, en la mano izquierda. En la derecha llevaba un pequeño libro que entregó, al pie del banquillo, a un sacerdote. El silencio reinó absoluto. Nadie hablaba. El miró por encima de quienes lo rodeaban y su mirada, una mirada en la que fluían el amor y la ternura, se perdía, sin humillarse pero sin soberbia, en la distancia. En una distancia infinita, sin fronteras, hecha de mañana y de futuro. De repente bajó los ojos, los fijó en el pelotón que tenía al frente y tocándose el corazón dijo con sereno acento: "Aquí, hijitos, mi mano os servirá de blanco..."

En seguida se aprestó a tomar asiento. No requirió la ayuda de nadie. Sus movimientos eran firmes. se sentó por sí mismo en el banquillo y sintió que las correas de los portafusiles se le hincaban en la carne.

El pelotón del frente movió sus files: una quedó a dos pasos; otra a tres; la otra a cuatro de distancia. El hombre sostenía, como una antorcha, el crucifijo con ambas manos. Y esperó. Esperó sencilla, tranquilamente, como si no se tratara realmente de su muerte. La espera se hizo eterna. Hubo un ruido de metales y como salida de un oscuro y mis-

terioso recinto, una voz de mando, violó el augusto silencio de la hora: "Preparen", "apunten", "fuego"... Y un estallar de fusiles atronó en el espacio. El hombre se estremeció y la venda cayó de sus ojos; unos ojos verdes hermosos, que nadie se atrevió a mirar. Una nueva descarga y otra vez, los ojos, miraron fijamente. De ellos manaban, como de una fuente, las aguas minerales de sus lágrimas. Otra descarga y, todavía, el cuerpo se agitó con vida. Una descarga más, con la boca de los fusiles sobre el corazón, creyó dar muerte a quien apenas, entonces, entraba en la eternidad.

¿Qué había hecho este hombre? ¿Qué delito había purgado de modo tan inquietante? ¿Cuáles eran sus culpas y cuál la causa de su castigo?

Difícil sería, para quienes lo condenaron, justificarse. Aquel hombre había soñado con una patria libre y un pueblo independiente. Con un mundo de hombres libres, sin dueños y sin esclavos. Con una humanidad feliz y una existencia en la que el hombre, hasta entonces esclavizado, fuera verdaderamente hombre.

El, desde su niñez, no había descubierto sino miserias e injusticias: a un pequeño grupo de explotadores, gravitando sobre las espaldas de millones... Millones de negros, indios, mulatos, mestizos y blancos, sojuzgados por el látigo de capataces y encomenderos, en el campo y las ciudades, en las haciendas y las minas.

¡Triste vida la de estas gentes! Y el boato, y el lujo, y la ostentación y el despilfarro, como marco del dolor y la injusticia. Así vió él, desde que sus ojos pudieron ver, asentarse sobre la tierra la miseria, la servidumbre, el vicio, la corrupción, la mentira, el desenfreno y el envilecimiento. Y se rebeló, primero, íntimamente. Fué, la suya, una rebelión subjetiva. Una rebelión de su corazón. Pero, luego, con el corazón se rebeló el pensamiento. Y ya no pudo vivir en paz. Y creció y se hizo joven y se hizo hombre. Y se rebeló, entonces, todo su ser. Y en la alborada de un día de septiembre, en una mañana estival, convocó a los hombres al combate y dió nombre, sacándolo de la oscuridad, al poblado de Dolores. Fué, en ese minuto histórico, un profeta. Y vaticinó: "Salve, ¡oh pueblo humilde y venturoso! ¡Los hombres venideros te buscarán para saludarte!"

Así comenzó ese inquietante drama que lo llevó a la tumba. Fijando él, desde sus orígenes, la razón de su actitud:

"Mis amigos y compatriotas: no existe para nosotros, ni el Rey ni los tributos: esa gabela vergonzosa, que sólo conviene a los esclavos, la hemos sobrellevado hace tres siglos como signo de la tiranía y servidumbre; terrible mancha que sabremos lavar con nuestros esfuerzos. Llegó el momento de nuestra emancipación; ha sonado la hora de nuestra libertad; y si conocéis su gran valor, me ayudaréis a defenderla de la garra ambiciosa de los tiranos. Pocas horas me faltan para que me veáis marchar a la cabeza de los hombres que se precian de ser libres. Os invito a cumplir con este deber. De suer-

ros. te que sin patria, ni libertad, estaremos siempre a mucha distancia de la verdadera felicidad. Preciso ha sido dar el paso que ya sabéis; y comenzar por algo ha sido necesario: la causa es santa y Dios la protegerá. Los negocios se atropellan; y no tendré por lo mismo, la satisfacción de hablar por más tiempo ante vosotros. ¡Viva, pues, la Virgen de Guadalupe! ¡Viva la América, por la cual vamos a combatir!"

La batalla se inició. Una batalla sin cuartel. Sin dar perdón y sin pedirlo tampoco. Una batalla entre un pueblo inerme y un ejército poderoso. Una batalla en la cual, contra fusiles y cañones, se cambiarían golpes de palos y piedras. Pero la voz de Dolores levantó al pueblo. Y el pueblo se puso en marcha: quién agitaba una honda: quién enarbolaba una lanza; quién blandía un garrote; quién esgrimía un machete... mas no había, bajo la magia de su palabra, quien no estuviera dispuesto a seguir al hombre.

La geografía mexicana, adquirió prestigio: San Miguel, Celaya, Guanajuato, Valladolid, Acámbaro, Toluca, Monte de las Cruces, Cua jimalpa, Aculco, Puente de Calderón, Guadalajara, Aguascalientes, Zacatecas, Saltillo, Acatita de Baján, Monclova, Chihuahua... un pequeño mapamundi subrayado con tinta de las venas del pueblo mexicano... Allí, en Acatita de Baján, se inició la tragedia. En un escenario ruin cuyo principal personaje, por mucho que quisiera sobresalir el felón, fué él.

El hombre había sido traicionado. Aprehendido y entregado a sus verdugos. Fué conducido a Monclova. Y al fin a Chihuahua, en donde pagó con moneda de sangre, su sueño de redención. Y así culminó el drama que iniciado en Dolores no habría de tener fin, como él se lo había propuesto, sino con la independencia de su patria y con la libertad de un pueblo por el que él apuraba las heces de la hiel.

Sin embargo, el drama había nacido antes. Mucho antes. Desde que él, adolescente, tuvo razón de ser. Cuando ante la vida colonial, entendió sus contradicciones, su violencia, y los absurdos que establecía, como normas para la convivencia humana. Por eso, en medio del fragor de las batallas, planteó el árbol de la libertad. Libertad para los esclavos, supresión de las cartas, abolición de los estancos y las alcabalas, y la libre concurrencia como base de una nueva vida, menos miserable, más humana. De tal modo, el hombre no quería sólo la independencia de su pueblo; reclamaba, además, sus libertades.

Quien estuviera enterado de los hechos que en el mundo se sucedían, hallaba, allí, el eco de ese sacudimiento universal que soliviantaba las conciencias. Libertad, Igualdad, Fraternidad: he aquí las palabras de un nuevo orden de cosas. ¡Ah!, pero él no se conformaba con esto. Su profundidad para adentrarse en la realidad que lo rodeaba, ponía alas a su pensamiento. De donde, los acontecimientos de Europa y las Colonias inglesas, se empequeñecían. El hombre predicó la restitución de las tierras a sus dueños verdaderos. ¿Por qué el indio era esclavo en pocos años, los mexicanos po-

vo en su propia tierra? No: había que acabar con la esclavitud y con el instrumento que el conquistador empleaba para imponerla. Y fué allá, en Guadalajara, donde ordenó que la tierra volviera a sus antiguos dueños. Y fué condenado: por la Inquisición, por el Obispo Abad y Queipo, por el Obispo Ruiz y Cavañas, por las clases dominantes todas, provocadas en su absoluto poder de trescientos años.

Mentía el hombre. La tierra era de quienes la habían conquistado y quien ofrecía reintegrarla a los indios, no era sino apóstata, un luterano, un hereje, un... Mas no, para el pueblo, el hombre era su profeta: un profeta que hablaba un lenguaje que le llegaba por vía directa, al corazón y a la razón.

El, a la cabeza del pueblo, repetía: "protestamos que pelearemos contra todos los que se opongan a nuestras justas pretensiones, sean quienes fueren"... "nos hemos propuesto ser libres y lo seremos a pesar de que nuestro camino esté sembrado de inconvenientes..."

Su rebeldía se había hecho revolucionaria. Sus discrepancias intelectuales con los principios filosóficos de su tiempo tomaron cauces políticos. Y lo que fué, en sus comienzos, una fricción ideológica, llegó, más tarde, a un rompimiento definitivo con todo el programa de vida colonial.

Fué en San Francisco Javier en donde sus ojos se abrieron a la realidad al conjuro de las enseñanzas del Padre Clavijero: un jesuita dedicado a la tarea de renovar la filosofía escolástica oficial para adoptar, más en consonancia con sus días, nuevas corrientes filosóficas que enseñaran a los jóvenes, las raíces de la vida. Clavijero no aró en el mar. Y, el hombre, luchó después en San Nicolás por una renovación de textos y sistemas que atrajeran, sobre su cabeza, una tormenta.

Se le acusó de jansenista, cuando el jansenismo era considerado, por los fanáticos de la filosofía medieval, una herejía. Pero él no se inmutó y siguió su camino, sin renunciar a sus propósitos. Triunfó, luego, con una disertación cuyos fines eran los de "precisar el mejor sistema para el estudio de la filosofía escolástica" y consiguió, con la claridad de su dialéctica, conmover a quienes la conocieron. Mas a él, su hondura filosófica, lo condujo a la rebelión. Y su filosofía se hizo política y, más tarde, política militante. Y si Clavijero se quedó en la superficie de las cosas, él llegó al fondo de los hechos y descubrió, que sus discrepancias con la filosofía oficial, eran más de fondo que de forma.

El rompimiento fué definitivo. El mexicano existía. Ya Sor Juan Inés de la Cruz lo había descubierto en sus búsquedas de poeta. Y, el mexicano, debía ser tratado como una realidad y no como una entelequia. A este hombre real, situado sobre una realidad geográfica en disputa, había que darle "leyes suaves, benéficas y acomodadas a las circunstancias de cada pueblo", que desterraran la pobreza, moderando la devastación del país, fomentaran las artes y activaran la industria, haciendo que los productos del propio país favorecieran su desarrollo histórico. Con ello, en pocos años, los mexicanos po-

Recuerdo de Eugenio M^a de Hostos

drían disfrutar "de todas las delicias que el Soberano Autor de la naturaleza" había derramado sobre el vasto continente americano.

El hombre fué calificado, por la literatura oficiosa, de "seductor del pueblo y calumniador de los europeos". El siguió, sin embargo, adelante, aunque estaba convencido de que no vería el fin de aquello que había iniciado.

Un personaje de tragedia: tal era el hombre. Quizá, un personaje de tragedia, en una tragedia de Esquilo. ¡Ah!, si este hombre hubiera vivido en Weimar, allá por el XVIII o XIX, hubiera sido un hombre como Goethe: "Hubría sido un amigo del pueblo, un buen consejero del soberano; hubiera embellecido la ciudad, plantado árboles en el parque, vivido con sus libros, con los libros, con los libros que amaba y con las nuevas filosofías; hasta habría hecho desmañadas intenciones en el teatro... Hubiera sido un hombre feliz y de éxito en Weimar y quizá también él habría lucido la levita verde del ministro y una hermosa y brillante orden en el pecho..."

He aquí un retrato moral del personaje, visto así por una escritora extranjera, que lo ha convertido en un héroe de novela.

En efecto, el teatro había sido una de sus ocupaciones intelectuales; Había traducido a Molière y dirigido, personalmente, su **Tartufo**. Ahora, él mismo, era personaje de tragedia.

El escenario de Weimar. Los héroes, el ausente Humboldt, la protagonista y Goethe. Y ella, hablaba de él.

"...un hombre próximo a los sesenta años, de cabello blanco, la sencillez en la persona... se diría un hermano suyo, Herr von Goethe. Era el cura de un pueblecito indio, una buena persona, amaba a los pobres nativos y le habría alegrado mejorar sus miserables vidas. Pero el destino lo sacó de su limitado rincón y le hizo montar un caballo desbocado. Se convirtió en el caudillo de la lucha de México por su independencia... Era demasiado hombre para ser un sacerdote auténtico... Lo hicieron general de un ejército de ochenta mil hombres... No lo seguía un pueblo, sino una multitud. Proclamó la revolución..."

Y luego:
"Me gustaría revivirlo para usted, Excelencia..."

Entonces esbozó el drama:
"...si yo fuese un escritor..."
él "sería probablemente un perfecto protagonista trágico de novela. Un temperamento desgarrado por una desarmonía interior... En el primer acto, un tranquilo curita de Dolores, que les enseña a sus indios a sembrar vides, a hacer cacharros, a cultivar gusanos de seda. Pero los mercaderes españoles, ansiosos de proteger sus monopolios, enviaron funcionarios para que arrancaran de raíz las tiernas plantas, para que rompieran las ollas y tinajas, para que quemaran los arbustos de morama. Ese es el primer acto de la tragedia. Yo lo mostraría... leyendo a los grandes escritores franceses proscritos, lo mostraría cuando tiene que defenderse de la persecución de la Santa Inquisición. Eso, y la conspiración en que se ve complicado, constituyen mi segundo acto. En el tercer acto lo mostraría en el patio de su pequeña iglesia, donde aguijonea a un puñado de indios hasta el frenesí. Lo mostraría cabalgando a la cabeza de un indisciplinado ejército de ochenta mil salvajes, que llevan como divisa la ima-

gen de su virgen y cuyas únicas armas son los palos y las piedras y las flechas, que intentan detener las balas de cañón con sus sombreros y cuyo único grito de batalla es: ¡Muerte! ¡Muerte a los españoles! Lo mostraría de noche, solo, horrorizado y desesperado ante los ríos de sangre en que se ahoga el país... el país al cual ha querido dar libertad. Grita, reza y es derrotado: no por las fuerzas externas, sino por su propia alma, que es demasiado bella, demasiado buena para ver la lucha hasta el fin. Este es el momento crítico de la tragedia... Hasta aquí su estrella es ascendente. Entonces empieza a menguar. Ha ganado batallas, y esa noche, en mi cuarto acto, se halla con sus ejércitos a las puertas de la capital, que debe caer en sus manos como fruta madura. Pero le resulta insoportable la idea de presenciar y causar derramamiento de sangre... le vuelve la espalda a la capital, se retira el ejército y es derrotado..."

Yo supongo que el quinto acto presentaría al hombre abandonado por su ejército, perseguido, capturado y fusilado. Con el crucifijo en alto, como una antorcha. Decapitado en seguida y, al final su cabeza, en un cambio de decoración, sobre un ángulo de la Alhóndiga de Granaditas, indiscreta testigo de su victoria.

Goethe no pudo escuchar más y protestó. "Dajemos caer el telón sobre ese horrible espectáculo" Y afirmó: "Si mi caro amigo Schiller viviera aún, habría podido escribir su tragedia mexicana".

Yo confío, sin embargo, en que Schiller habría manejado, mejor, los elementos dramáticos puestos a su alcance. Y si yo fuera escritor cambiaría el final de la tragedia. Haría figurar al hombre, frente al pelotón de la muerte, en su actitud de iluminado. Como quien, más que al encuentro de la muerte, marcha al encuentro de la vida. Francisco Bulnes refiere que la muerte de este hombre "fué más hermosa que la de Sócrates, una muerte verdaderamente jovial y al mismo tiempo impregnada de la sencilla dignidad helénica... "Y la impresión, del auditorio, sería la de la vida. Porque, las balas que segaron su existencia, no lo encerraron en el silencio de la tumba: lo elevaron, en rauda vuelo, a la inmortalidad.

Si yo fuera escritor, cambiaría algunas frases de la tragedia, no por injuriosas, sino por injustas: yo diría, que con un ejército, no de ochenta mil salvajes sino de ochenta mil patriotas, había sido derrotado mas no vencido; que fragua y yunque, a la vez, dió forma a las ideas de Independencia que alumbraron el cielo de nuestra Patria; que aunque él no lo viera como lo predijo, México nació a la vida sobre su tierra fertilizada con la sangre de sus mártires. Y que el hombre, grande siempre, había crecido hasta ocupar un sitio preferente bajo el cielo de la humanidad.

Pero me he olvidado de decir, que este hombre era un sencillo sacerdote de un humilde pueblo mexicano; que se llamaba Miguel Hidalgo y Costilla y que, de pastor de almas, se había convertido en conductor de pueblos. Y que los pueblos, con su justo sentido de la verdad, lo siguieron y lo amaron con la misma, enternecedora ternura, con que lo amamos nosotros hoy en día... Quizá, así, la tragedia resultaría completa. Porque, por encima de lo constantemente pasajero, florece en la conciencia

EN Puerto Rico, uno de los parajes más hermosos del mundo —clima saludable y vegetación deslumbrante— borrado por un mar azul y profundo, cuya calma escondía inesperadas tempestades, nació el 11 de enero de 1839, Eugenio María, hijo de don Eugenio María de Hostos y Ramiro de Velazco, y doña María Hilaria de Benilla. Con el tiempo, ese pequeño estaba llamado a ser uno de los más caracterizados representantes del espíritu americano, un varón de vida ejemplar, profunda y bella, por su obra y su ejemplo, y su perseverancia en una lucha sin concesiones ni altibajos.

Hijo de un hogar de mediana condición, su niñez enfermiza hizo temer por su vida muchas veces. Mas de aquí también nacen las notas que caracterizan su infancia: "juicioso, bondadoso y de vivo carácter." Apenas terminados sus estudios primarios, y dado el mejoramiento de las condiciones económicas de su familia, es enviado a España a proseguir el bachillerato, en Bilbao. Luego, ya en Madrid, estudia derecho.

Muchacho aún, cuando otros de su misma edad se entregan sin mayores preocupaciones a los juegos y amores fáciles, Hostos medita sobre la suerte de su tierra natal, cuyas bellezas añora, y cuya tragedia le duele profundamente. Cifraba ingenua —como las circunstancias se encargaron de probárselo después— y desacertadamente, grandes esperanzas en el liberalismo español, y en las promesas de sus voceros. A los 24 años escribió su "Peregrinación de Bayoán", pintura novelada de las condiciones de vida de su isla antillana, y vibrante defensa de los derechos que tenía a darse un gobierno autónomo. Dejaron en el ánimo de Hostos huella indeleble la profunda amargura y decepción con que Castelar, entre otros, se negó a cumplir lo que estaba sobrentendido se haría llegada la república: "Antes que republicano soy español", habría respondido el grandilocuente orador peninsular.

Iniciase entonces para Hostos una vida de peregrinaciones, persiguiendo el apoyo de gobiernos, de hombres e instituciones, para realizar un sueño: la libertad de Puerto Rico, o su integración en una federación antillana, con Cuba. Recorrió gran parte de América, desde los Estados Unidos hasta las playas argentinas, impulsado siempre por esa idea suya, dulce obsesión compartida por los mejores hombres del continente.

Perú, Chile, Argentina, Venezuela, Santo Domingo, Norteamérica, entre otras naciones, conocieron sus desvelos y aprovecharon sus enseñanzas; gozaron del privilegio de albergarlo en su seno, conocer su admirable producción literaria, filosófica y política. Y sobre todo su ejemplo de moral acrisolada.

humana, la huella imperecedera de un hombre y una vida proyectadas, uno y otro día, hacia la luz: el hombre, Hidalgo; la vida, su propia vida: una vida arraigada, con ahínco, en la entraña

Un hecho pinta de cuerpo entero a este patriota a carta cabal. En Perú pasaba angustias económicas; ocupaba entonces para solventar sus necesidades inmediatas un cargo en la redacción de "La Patria", de Lima, tribuna que llegaba a prestigio por su hombría de bien. Debatiábase entonces las condiciones de concesión de un ferrocarril a construirse a La Oroya, importante centro minero, presentada por el aventurero Meggs, quien ofreció a Hostos doscientos mil pesos, "para Cuba", si "con un «solo» artículo apoyaba la iniciativa". Hostos, paradigma de rectitud, considerando desventajosas para el Perú las condiciones propuestas, expresó clara y públicamente su oposición al proyecto.

Ilustrativo, pero extenso, sería detallar las contingencias de su vida azarosa y agitada de patriota sin claudicaciones. Recordemos también la otra faz de su personalidad, aquella que lo pone al par de los civilizadores, los maestros, los grandes de América; nos referimos a su labor de escritor, sociólogo, jurisconsulto, pedagogo, crítico literario, ensayistas, dispersa por el continente, donde dejó en hojas efímeras o libros de escaso tiraje sus mejores producciones, hijas de su inteligencia alerta y fecunda. Felizmente hoy su producción ha sido recogida de manera orgánica en los densos veinte volúmenes de sus "Obras Completas", que por desgracia no reúnen sus perdidas lecciones y sus discursos magistrales.

Demasiado ignorada, casi diríamos prácticamente desconocida por las nuevas generaciones, su obra conserva un interés sobresaliente y una importancia notable. Su **Moral Social**, ha sido considerada por Antonio Caso "la obra maestra del pensamiento moral independiente de la América española". Su estudio crítico sobre el **Hamlet** de Shakespeare, según Rufino Blanco Fombona: "nada existe en castellano, hasta ahora, a propósito del **Hamlet** que pueda parangonarse con la obra de Hostos. Nada que se le acerque". De su **Sociología**, escribió Pedro Henriquez Ureña, "es una obra cuya importancia sería difícil exagerar; cuanto le falta en extensión, tanto gana en intensidad, y su exposición tan lógica y concisa como rica de datos, lleva notable ventaja a la minuciosa y redundante exposición de casi todos los teorizantes de la sociología". Son demasiado significativos estos juicios, y demasiado conocidos sus autores para que debamos insistir sobre la importancia de la obra intelectual de Hostos. El reverso de la hermosa medalla conmemorativa que se mandó acuñar con motivo del centenario de su nacimiento, tiene una inscripción altamente sugestiva: **Civilización o muerte**, que da la pauta, en cierto modo, de las exigencias que impulsaban a Hostos.

El 11 de agosto de 1903, hace cincuenta años, a las 11.50 de la mañana murió Hostos, pidiendo se le abriesen las ventanas para contemplar, por última vez, él lo sabía, el hermoso cuadro de la naturaleza de Santo Domingo, isla vecina a la suya natal, donde pasó muchos años.

El legado intelectual y el ejemplo moral de Eugenio María de Hostos son uno de los más preciados patrimonios de que pueden enorgullecerse hoy los americanos.

HISTORIA DEL PODER EN T

por Rafael Obregón Loria

Gobierno del licenciado don Ascensión Esquivel Ibarra



ERIO problema político se presentaba al finalizar el segundo periodo del señor Iglesias Castro, pues, la oposición era fuerte aunque los nombres de los candidatos eran varios; todo eso lo resolvió la llamada "Transacción" por medio de la cual los distintos sectores políticos decidieron ir unidos a las elecciones postulándose como candidato al licenciado Ascensión Esquivel Ibarra.

El 2 de mayo de 1902 el Congreso declaró al licenciado Esquivel Ibarra legalmente electo Presidente de la República, y éste inició su gobierno el día 8 de mayo siguiente.

Designados a la Presidencia de la República

Como Designados a la Presidencia de la República fueron electos para este periodo los siguientes ciudadanos: don Rafael Iglesias Castro, Primer Designado; licenciado Cleto González Viquez, Segundo Designado; y general Juan Bautista Quirós Segura, Tercer Designado.

El venesdres de julio de 1902 le fue admida la renuncia a don Rafael Iglesias Castro, y se nombro Primer Designado al licenciado Ricardo Jiménez Oreanuno.

Secretarios de Estado en la administración del licenciado Ascensión Esquivel Ibarra

Licenciado Leonidas Pacheco Cabezas: relaciones Exteriores, Instrucción Pública, Justicia, Gracia, Beneficencia y Culto. Del 15 de agosto al 14 de diciembre de 1903 estuvo con licencia por misión en el exterior. El 6 de julio de 1904 se le concedió nuevamente licencia y se trasladó a Panamá como Representante Diplomático; desde allá envió el 16 de marzo de 1905 la renuncia de sus Carteras. Había tenido como recargo, del 9 de marzo al 30 de abril de 1904, las Carteras de Gobernación, Policía y Fomento.

Don Manuel de Jesús Jiménez Oreanuno: Gobernación, Policía y Fomento. El 30 de marzo de 1903 se le recargaron las Carteras de Hacienda y Comercio. El 5 de mayo siguiente dejó las Carteras de Gobernación, Policía y Fomento, y tomó en propiedad las de Hacienda y Comercio. Del 15 de agosto al 14 de diciembre de 1903 tuvo como recargo las Carteras de Relaciones Exteriores, Instrucción Pública, Justicia, Gracia, Beneficencia y Culto. El 9 de marzo de 1904 renunció su cargo.

Licenciado Cleto González Viquez: Hacienda y Comercio, hasta el 30 de marzo de 1903 en que renunció.

Don Tobías Zúñiga Castro: Guerra y Marina. Del 13 de octubre al 18 de noviembre de 1903, y del 6 de enero al 9 de marzo de 1904, tuvo como recargo las Carteras de Gobernación, Policía y Fomento. El 9 de marzo de 1904 se le recargaron las Carteras de Hacienda y Comercio. El 2 de febrero de 1905 dejó las Carteras de Guerra y Marina, y tomó en propiedad las de Hacienda y Comercio. El 15 de febrero de 1905 renunció su cargo.

Doctor Juan José Flores Umaña:

Gobernación, Policía y Fomento, del 15 de mayo al 11 de octubre de 1903 en que falleció.

Licenciado Andrés Venegas García: Gobernación, Policía y Fomento, del 18 de noviembre de 1903 al 6 de enero de 1904, en que renunció.

Licenciado José Astúa Aguilar. Gobernación, Policía y Fomento, desde el 30 de abril de 1904 Las Carteras de Relaciones Exteriores, Instrucción Pública, Justicia, Gracia Beneficencia y Culto las tuvo como recargo del 6 de julio de 1904 hasta el final del periodo.

Licenciado Vidal Quirós Escalante: Guerra y Marina, desde el 2 de febrero de 1905. Atendió accidentalmente las Carteras de Gobernación, Policía y Fomento, por ausencia del titular señor Astúa, del 22 de noviembre al 6 de diciembre de 1905.

Ingeniero Juan Francisco Echeverría Aguilar: Hacienda y Comercio, desde el 15 de febrero de 1905.

Sub Secretarios de Estado en esta administración

Al iniciarse este gobierno, y por decreto numero 2 de 14 de mayo de 1902, se suprimieron las Sub Secretarías de Estado.

Por decreto de 2 de febrero de 1905 se revocó, el anterior, y se nombraron como Sub Secretarios los siguientes ciudadanos:

Licenciado Carlos Lara Iraeta: Relaciones Exteriores, Instrucción Pública, Justicia, Gracia, Beneficencia y Culto.

Licenciado Alejandro Alvarado Quirós: Gobernación, Policía y Fomento.

Licenciado José María Vargas Pacheco: Hacienda y Comercio.

Hechos importantes durante la administración de don Ascensión Esquivel Ibarra.

Se celebran Convenciones con Estados Unidos, Alemania y Bélgica.

Se dispone la impresión por cuenta del Estado del libro inédito de Pio Viquez.

Se traslada el Liceo de Costa Rica a las casas de corrección recientemente construidas.

Se dispone que el retrato del Benemérito Padre de la Patria don Juan Mora Fernández sea colocado en el dosel del Salón de Sesiones del Congreso, y que los retratos de los demás Presidentes sean colocados a derecha e izquierda del dosel por orden cronológico.

Se decreta que el periodo de enseñanza primaria obligatoria comprende cuatro cursos de un año cada uno; el quinto curso es facultativo. Los que hubieren hecho satisfactoriamente los estudios correspondientes a los cinco primeros años, tienen derecho a que se les admita en los colegios de segunda enseñanza, o, en las escuelas complementarias que al efecto se crean.

Se subvenciona el Colegio San Luis de Cartago.

Se dispone organizar una Sociedad Nacional de Agricultura. Se asigna una suma para comprar libros para la formación de una biblioteca en la ciudad de Heredia.

Se abre un concurso, con premio de 500 colones, para dotar de letra adecuada la música del Himno Nacional. Resultó victo-

rioso don José María Zeledón Brenes.

Se dispone editar el mapa de Costa Rica realizado por el Instituto Físico Geográfico.

Se suprimen los jurados.

Se celebra un tratado de extradición y protección contra el anarquismo.

Muere el Licenciado Mauro Fernández y su cadáver es colocado en el Salón de Sesiones del Congreso Constitucional.

Se construye el ramal de ferrocarril que unió a Alajuela con Ciu-ruelas.

Acusados de querer alterar el orden público fueron desterrados del país los candidatos a la Presidencia de la República don Fernando Soto, don Tobías Zúñiga Castro y don Máximo Fernández.

Licenciado ASCENSION ESQUIVEL IBARRA



PADRES: José María Esquivel y Antonia Ibarra.

NACIO en Rivas, Nicaragua, el 10 de mayo de 1844.

CASO en primeras nupcias el 20 de noviembre de 1879 con Herminia Boza Miranda; en segundas nupcias el 21 de diciembre de 1899 con Adela Salazar Guardia; y en terceras nupcias el 4 de diciembre de 1909 con Cristina Salazar Guardia.

Muy joven se vino con sus padres a Costa Rica radicándose en Liberia; luego se trasladó a San José donde siguió estudios de derecho hasta graduarse de abogado el 27 de agosto de 1874. Ya desde el 20 de mayo de 1872, siendo aun estudiante, ejercía el cargo de Juez del Crimen de San José. Muy pronto dio a conocer sus grandes capacidades intelectuales siendo considerado siempre como uno de los jurisconsultos más eminentes que ha tenido el país. El Presidente Soto lo llamó a formar parte de su gobierno y poco después fué nombrado Segundo Designado a la Presidencia de la República. Por esta época colaboró en forma brillante en el arreglo del problema limítrofe con Nicaragua.

En calidad de Designado ejerció el Poder del 1º de mayo al 10 de agosto de 1889 sustituyendo al Presidente Soto; este periodo se llama en nuestra historia el gobierno de los cien días.

Postulado candidato a la Presidencia de la República en ese momento, su candidatura fué tachada por muchos de oficial, y se le continuó en forma inter-

perdiendo las elecciones. Hizo entonces un viaje a Europa, y, al regresar, se le encomendó una misión en Colombia relacionada con el asunto de límites. En 1901 fue postulado nuevamente como candidato a la Presidencia y habiendo obtenido el triunfo inició su gobierno el 8 de mayo de 1902.

En los años siguientes desempeñó algunas misiones diplomáticas; en 1917 fué uno de los ex Presidentes que redactó el Proyecto de Constitución Política, y luego fué nombrado Presidente de la Corte Suprema de Justicia.

En el año 1923 se le volvió a postular para la presidencia de la República y tenía todas las posibilidades de triunfo, cuando enfermó inesperadamente con resultados fatales.

MURIO en San José el 15 de abril de 1923.

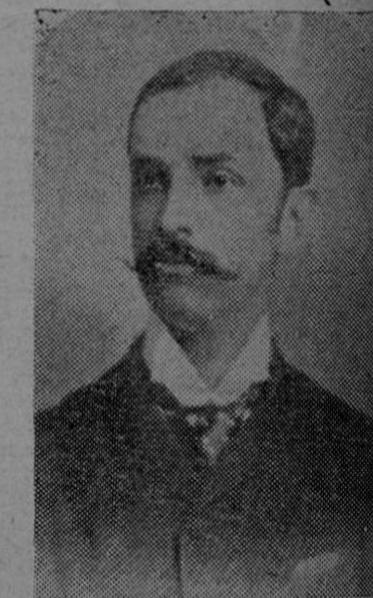
Don RAFAEL IGLESIAS CASTRO



(Sus datos personales ya fueron consignados)

Primer Designado a la Presidencia de la República en el gobierno del Licenciado Ascensión Esquivel; renunció el 23 de julio de 1902.

Licenciado RICARDO JIMENEZ OREAMUNO



(Sus datos personales serán consignados más adelante)

EL TIVO EN COSTA RICA (22)

Presiden
del gobier-
no en Esqui-
vel de 1902.

Licenciado **LEONIDAS
PACHECO CABEZAS**



Secretario de Estado en las Carteras de Relaciones Exteriores, Instrucción Pública, Justicia, Gracia, Beneficencia y Culto, hasta el 16 de marzo de 1905 en que renunció.

PADRES: Jesús Pacheco y Josefina Cabezas.
NACIO en Cartago el 10 de enero de 1866.

CASO en Bélgica el 25 de abril de 1891 con Felicia Licop Rouffiange.

Se incorporó como abogado el 11 de octubre de 1891. Secretario de la Legación de Costa Rica en Europa. Ministro en Centro América. Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario en Panamá. Diputado y Presidente del Congreso Constitucional. Presidente del Colegio de Abogados. Profesor de la Escuela de Derecho. Uno de los juriscultores de mayor prestigio en nuestro país. Fué también Secretario de Estado en las últimas administraciones de don Cleto González Víquez y don Ricardo Jiménez.

MURIO en San José el 7 de febrero de 1934.

Don **MANUEL DE JESUS
JIMENEZ OREAMUNO**



(Sus datos personales ya fueron consignados).

Secretario de Estado en varias Carteras en el gobierno del licenciado Ascensión Esquivel, hasta el 9 de marzo de 1904 en que renunció.

Don **TOBIAS ZUÑIGA CASTRO**



(Sus datos personales ya fueron consignados)

Secretario de Estado en varias Carteras en el gobierno del licenciado Ascensión Esquivel, hasta el 15 de febrero de 1905 en que renunció.

Doctor **JUAN JOSE FLORES
UMAÑA**
(No tenemos fotografía)

Secretario de Estado en las Carteras de Gobernación, Policía y Fomento, del 5 de mayo al 11 de octubre de 1903 en que falleció.

PADRES: Joaquín Flores Zamora y Eduarda Umaña.

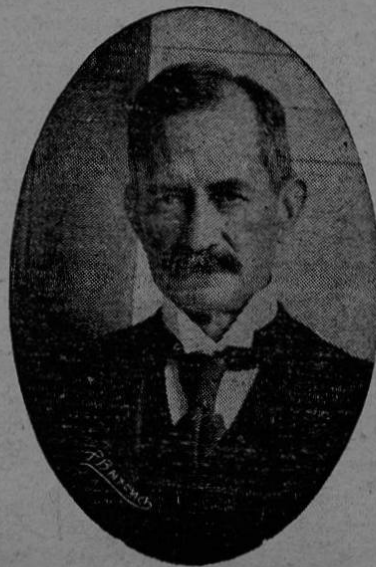
NACIO en Heredia el 12 de abril de 1843.

CASO en primeras nupcias con María Zamora, y en segundas nupcias con Trina Trejos Castro.

Fué el primer costarricense que estudió medicina en los Estados Unidos, donde se graduó en 1863. Fué Gobernador de la Provincia de Heredia, Rector del Colegio San Agustín de Heredia, y Presidente de la Facultad de Medicina. En 1894 fué candidato a la Presidencia de la República. En 1897, para combatir la reelección de Iglesias, fundó el Club Patriótico, y a consecuencia de sus actividades políticas fué expulsado del país. Llamado por el Presidente Esquivel a servir una Secretaría de Estado, falleció en el ejercicio de ese cargo.

MURIO en Heredia el 11 de octubre de 1903.

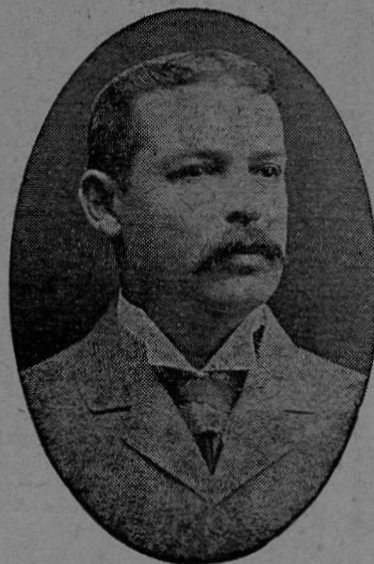
Licenciado **ANDRES VENEGAS
GARCIA**



(Sus datos personales ya fueron consignados)

Secretario de Estado en las Carteras de Gobernación, Policía y Fomento, del 18 de noviembre de 1903 al 6 de enero de 1904, en que renunció.

Licenciado **JOSE ASTUA
AGUILAR**



(Sus datos personales ya fueron consignados)

Secretario de Estado en varias Carteras en el gobierno del licenciado Ascensión Esquivel, desde el 30 de abril de 1904.

Licenciado **VIDAL QUIROS
ESCALANTE**



Secretario de Estado en las Carteras de Guerra y Marina en el gobierno del licenciado Ascensión Esquivel, desde el 2 de febrero de 1905.

PADRES: Joaquín Quiros Blanco y María Escalante González.
NACIO el 28 de abril de 1859.
CASO con Mariana Salazar Guardia.

Maestro de escuela en San Pedro del Mojón, y luego en la escuela de señoritas de San José. Tenedor de libros en la Dirección General de Obras Públicas. Se graduó de abogado el 9 de abril de 1889. Alcalde 1º de San José. Secretario de la Corte Suprema de Justicia. Promotor Fiscal de la República. Secretario Privado de los Presidentes doctor Carlos Durán y licenciado José Joaquín Rodríguez. Diputado al Congreso Constitucional. Fundador de la Sociedad Costarricense de

Seguros de Vida. Fué también Secretario de Estado en el primer gobierno del licenciado Cleto González Víquez.

MURIO en San José el 17 de octubre de 1935.

Ingeniero **JUAN FRANCISCO
ECHEVERRIA AGUILAR**



Secretario de Estado en las Carteras de Hacienda y Comercio en el gobierno del licenciado Ascensión Esquivel, desde el 15 de febrero de 1905.

PADRES: Francisco Echeverría Alvarado y Juana Aguilar Salazar.

NACIO en San José el 15 de abril de 1861.

CASO en San José con Adriana Pinto Montealegre.

Comenzó sus estudios en Inglaterra y los terminó en los Estados Unidos, graduándose de Ingeniero Civil en la Universidad de Troy. Representó a Costa Rica en el Congreso celebrado en Washington en 1884 para unificar la Hora Internacional. Diputado al Congreso Constitucional. Director General de Obras Públicas. Gobernador de Limón. Administrador de la Fábrica Nacional de Licores. Administrador del Ferrocarril al Pacífico. Miembro de las Directivas de los Bancos Mercantil, Costa Rica e Internacional. Miembro de varias Asociaciones extranjeras. Miembro de la Primer Directiva del Museo Nacional.

MURIO en San José el 13 de mayo de 1926.

Licenciado **CARLOS LARA
IRAETA**

(No tenemos fotografía)
Sub Secretario de Estado en las Carteras de Relaciones Exteriores,

“Consagrado por la educación de la verdad a la alteza natural de su destino, el hombre no es hombre si no es bueno.”

Más alta que la verdad, objeto de razón, está la justicia, objeto de conciencia. Más alto que el sabio, vive el justo; más alta que la ciencia es la moral. El criterio más infalible para conocer si un hombre se ha desarrollado en toda la fuerza de su razón, está en su vida; si hace el mal, no es suficientemente racional. Cultivar la razón para aplicarla al mal es el crimen más odioso que comete el hombre; pero es también su mayor falta de razón.”

EUGENIO MARIA HOSTOS

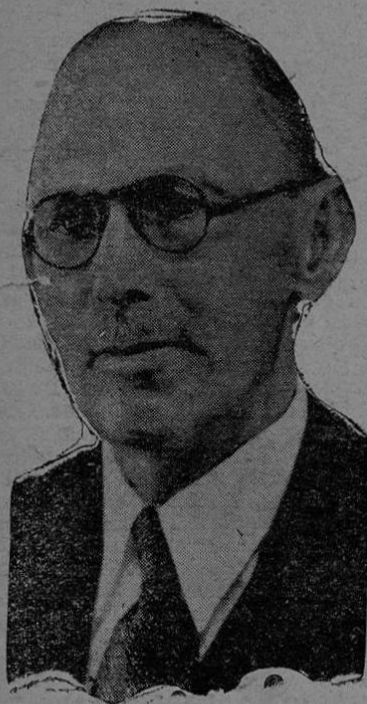
Licenciado ALEJANDRO ALVARADO QUIROS



(Sus datos personales serán con signados más adelante)

Sub Secretario de Estado en las Carteras de Gobernación, Policía y Fomento en el gobierno del licenciado Ascensión Esquivel, desde el 2 de febrero de 1905.

Licenciado JOSE MARIA VARGAS PACHECO



Sub Secretario de Estado en las Carteras de Hacienda y Comercio en el gobierno del licenciado Ascensión Esquivel, desde el 2 de febrero de 1905.

PADRES: general Vicente Vargas y Virginia Pacheco

NACIO en Cartago el 15 de febrero de 1878.

CASO con María Echeverría Zedón

Gobernador de la Provincia de San José, Sub Secretario de Estado en el primer gozerno de don Cleto González Viquez y en el gobierno de don Julio Acosta. Magistrado de la Corte Suprema de Justicia durante largos años. Miembro del Gran Tribunal Electoral. En 1948 se le nombró Presidente de la Corte Suprema de Justicia, pero renunció inmediatamente. Fué nombrado Presidente de la Asamblea Constituyente de 1949.

VIVE en San José.

Londres aplaude a un nuevo Rattigan

UNO de los tres o cuatro éxitos más consistentes del año teatral en Londres es una pieza que comienza con un intento de suicidio y acaba con otro: "The Deep Blue Sea" (El hondo mar azul), alusión a los versos que pintan al hombre entre el demonio y el abismo, vale decir, entre la espada y la pared. Es la última pieza de Terence Rattigan, autor de incontables comedias ligeras, mimado por el éxito y la fortuna a los veinticinco años, pero saludablemente empeñado desde entonces en ganar batallas escénicas más difíciles.

El paso de la comedia al drama no se ha producido en Rattigan sin esfuerzo. Doblado al cabo de los cuarenta, su batalla parece ahora ganada, aunque más que resultado de un verdadero genio de dramaturgo, diríase que su maestría actual es cuestión de oficio de autor y experiencia de hombre. En la construcción dramática de "The Deep Blue Sea", no falta ni sobra nada, pero al mismo tiempo — y esto se da en pocos autores de oficio — hay en su manera de observar y retratar a la humanidad una libre entrega e identificación con los conflictos ajenos, trámite que sólo preocupa al artista de verdad.

De poeta tiene Rattigan, en ésta su obra más ambiciosa y madura, ese trasfondo de misterio que acompaña a toda observación honda del alma del hombre. Sentimos que sus personajes podrían decirnos mucho más de lo que nos dicen; sentimos su caudal, su peso específico. Quizá ese misterio no funcione adecuadamente en una traducción española de la pieza; porque nuestros públicos latinos, siempre hipnotizados por la palabra, requieren del drama de alto coturno una poesía formal, aunque las más de las veces ésta se quede en mera retórica. De todos modos, nos sería difícil identificar el verismo exterior de Rattigan, sus frases coloquiales y monosílabos cotidianos, con esta idea nuestra de la poesía en el drama.

Aparte del misterio que habite los personajes, hay otra forma operante de poesía teatral, que cualquier público reconoce inmediatamente aunque sin darle el nombre de poesía: la electricidad de la acción, la maquinaria del efecto capaz de sumirnos por dos o tres horas en un mundo recreado y sujeto a rígidas arquitecturas. En el torbellino de emoción en que Rattigan y sus intérpretes hunden todas las noches a un público típicamente inglés — matrimonios mundanos, estudiantes, oficinistas, intelectuales, viejas damas de provincia de visita en la capital por unas horas — se registra un verdadero triunfo de esta poesía escénica que los literatos han tenido siempre en menos, creyendo que bastaba poner sus ideas en forma de diálogo para conseguirla.

Entre los dos intentos de suicidio que actúan a manera de telones de angustia al comenzar y terminar la obra, no hay más que angustia en su trayectoria dramática. Apenas despierta la heroína de su principio de intoxicación de gas se advierte que está hundida en un abismo del que no tiene la menor gana de salvarse. Ahí la encontramos, aunque señorial y refinadísima, en una pieza amueblada de Ladbrooke Grove, barriada pobre de Londres. El sitio huele a humedad y a "whisky". Los sillones son de cretona

raída; las ilustraciones, de calendario barato; las cortinas, viejas. Hay paquetes de cigarrillos tirados por todas partes, y junto a los palos de "golf" cuelga en el perchero, vanamente, un paraguas roto. Nadie ha hecho nada por alegrar el viejo interior victoriano en que esa mujer y un hombre mucho más joven que ella resbalan por la vida sin llegar verdaderamente a vivir. Por un ex-aviador que tuvo en la guerra su minuto de gloria, la mujer ha dejado el prestigio, la consideración, el respeto del medio en que actuaba con su marido, magistrado de sólido prestigio. Pero el mozo no sido capaz de responder a la pasión que despertó sin proponérselo. El quiere a la "lady" a su medida y manera: sólo que éstas no bastarán nunca para satisfacer el espíritu o los sentidos de ella. En cierto momento, lo que decide a la heroína a quitarse la vida es la absoluta honestidad de este hombre. Un poco de artificio, un poco de mentira, aun involuntaria por parte de él, y la "liaison" no le parecería a ella tan inútil y sórdida como un efecto llega a parecerle.

Sintetizado en estos términos, el drama parece socorrido y hasta banal, pero ninguna obra cuyos personajes principales resumen características cardinales del hombre y la mujer, como lo hacen estos dos en sus reacciones psicológicas, puede ser banal cuando el autor los escucha cordial y objetivamente a la vez. Lo difícil es que las dos cosas se produzcan conjuntamente. No sin razón, para los autores ingleses la objetividad aparece siempre como una especie de "desideratum" artístico; pero es difícil que junto a ella, cuando por fin se la conquista, quede en el ánimo del escritor una verdadera disposición cordial, un amor cierto por las criaturas que empuja a un conflicto imaginado. El novelista o el dramaturgo objetivo ha logrado poner la distancia suficiente entre él y los reclamos, a veces engañosos, del corazón, y como hombre mira a la vida con larga perspectiva de tiempo y de lugar. Le es más fácil, por consiguiente, filosofar que conover. Cuando hace las dos cosas con absoluta plenitud, se dan milagros como el de Cervantes en el "Quijote".

Volviendo a "The Deep Blue Sea" — y, desde luego, salvando las distancias — debe decirse que la obra conmueve en una medida que el público inglés de hace veinte años hubiera encontrado punto menos que inconveniente. La medida del triunfo de la pieza está en la forma en que contraría la habitual receta teatral británica y ataca el pudor popular contra el cual han querido vanamente luchar los autores del Reino Unido en lo que va de siglo. Organizada la vida de la nación a base de un ciego respeto por el fuero interno, por la vida íntima de cada individuo, siempre habrá de chocar todo intento de sorpren-

der esa intimidad y exhibir al personaje cuando pierde su dominio y estalla con la explosión del drama. De Shaw al Rattigan de antes, lo más considerable que nos ha ofrecido Gran Bretaña en este siglo es comedia de costumbres, burla menor, seca crítica social, caricatura; y el público de teatro ha reído con quien se reía de él. Cualquiera otra manera que no fuese oblicua de apuntar a los defectos o limitaciones del carácter nacional hubiera escandalizado, como escandaliza a los anglosajones la calumnia mordaz o la confesión, es decir, el exhibicionismo de orden espiritual. Si la guerra no hubiera trastornado el tenor de la vida nacional y sacudido a los británicos en los verdaderos centros de su reserva, no habría sido posible ni el éxito presente, ni siquiera la concepción de un drama como el de Rattigan.

En ciertos momentos, aun faltándole la crueldad e impassibilidad generales que rodean en su caída a los protagonistas de "Los fracasados", "The Deep Blue Sea" encoge el corazón, deprime e inquieta casi tanto como la famosa obra de Lenormand. Por eso nadie se sorprenderá de que Rattigan haya renunciado en este caso a llevar las cosas hasta su lógico extremo permitiendo que se consume el suicidio de la heroína una vez que el aviador la deja definitivamente para marcharse a Sud-América. Por la absoluta honestidad artística con que fuera realizada, "Los fracasados" resultó siempre intolerable a toda clase de públicos. En "The Deep Blue Sea" la solución optimista de que la heroína se eche a buscar consuelo en un intento de creación plástica, aun cuando ésta sea mediocre, se dispara tan falsa como repentinamente al final de la obra. Pero uno sabe que, a la manera de esas películas que se filman con dos o tres finales para contemplar a diversas censuras y mercados, el drama tiene otro final, que queda temblando en la atmósfera. Y la concesión no irrita como otras veces.

Peggy Ashcroft, una de las diez o doce grandes actrices que constituyen la honra y prez del teatro británico actual, vive estas veinticuatro horas entre dos suicidios con una sobrecogedora verdad, en que entran por igual el temperamento y la ciencia histriónica. Su manera de tirar las cajas de fósforos, de dar puntapiés a los sillones, de temblar de repente cuando está sola, de cortar las sílabas mientras habla con su elocución impecable de gran dama, sus largos ensimismamientos, su mirada de trance mientras hace en la cocina la faena más banal, sus labios grises, son recursos justos para definir la terrible alteración de un alma despegada ya de la vida. Pero todos estos recursos se hilvanan en un ritmo que viene de muy dentro y que debe significar para la actriz un esfuerzo nervioso realmente excepcional.

En un mes de descanso bien ganado la sustituye ahora, con no menor autoridad, Celia Johnson, la protagonista de "Lo que no fué". El elenco que acompaña a una y otra es tan impecable solo el olor a gas, el humo de las paredes, el sol sucio que se ve desde las ventanas y las vocales populares de la portera; amor por el realismo en el director y sus actores que no excluye por cierto la poesía, como no la ha excluido de su obra el nuevo Rattigan que Londres aplaude en estos momentos.



SOLO DIOS PUEDE HACER UN ARBOL.

Por WILLIAM VOGT

R

ECORDARAN us tedeos que los bosques están incluídos entre los recursos renovables, es decir, que si se usan como se debe se

repondrán por sí mismos y los podemos seguir explotando una y otra vez. Exactamente como una cria de gallinas; antes de que las gallinas se hagan muy viejas, ustedes pueden matarlas para enriquecer la sopa; pero mientras tanto ya las gallinas viejas han puesto suficientes huevos y han tenido hijas nietas y bisnietas.

Ustedes deben tratar a sus gallinas —y así se tratan— como si fuesen una cosecha, y sólo tomar una parte de ellas cada año, dejando un número suficiente para que pongan huevos y empollen. Sería estúpido que ustedes trataran a las gallinas en otra forma, pues al final no tendrían gallinas para comer.

¿No es igualmente estúpido tratar los bosques de Costa Rica de mala manera? Como nación que son ustedes, como pueblo, no pueden vivir sin ellos, ya que les proporcionan algunos de sus mayores beneficios; si los tratan bien —si los dejan empollar— seguirán dándoles sus riquezas durante cientos de años.

Con todo, han cometido el error en Costa Rica, error que el hombre ha cometido también en otras partes del mundo, de tratar sus bosques como RECURSOS EXTRACTIVOS, como si fuesen petróleo o piedra caliza; como si al usarlos una vez ya tuvieran que desaparecer.

En lugar de COSECHARLOS, los han explotado como si fuesen minas. Esta es la causa de gran parte de la escasez de agua; este es el origen de la escasez de leña, de madera, y de carbón vegetal, todo con el consiguiente entrecareamiento de estos productos. Esta es la causa de la destrucción del suelo, que reduce la cantidad de tierra aprovechable para la labranza, la extensión del suelo cultivable y la cantidad de agua para vivir.

Pero lo peor de todo no es precisamente que se haya hecho esto en Costa Rica durante cientos de años, sino que se siga haciendo y QUE CADA DIA LAS COSAS VAYAN DE MAL EN PEOR.

La única manera de remediar esta situación es REMEDIANDOLA; si su hijito estuviese ahogándose en un río lo sacaría usted, no se detendría a pensar, no esperaría el año entrante. Pues bien, en un sentido muy real, el país se está muriendo; si no se protegen sus bosques y su suelo, Costa Rica va a tener la misma suerte que los mayas, porque Costa Rica está siendo deslavada, y una de las principales causas de esto es la deforestación.

Para detener esa destrucción es necesario darse cuenta de dos cosas:

Primero: Que ESTOS BOSQUES LE PERTENECEN A USTED PERSONALMENTE, YA SEA QUE USTED TENGA UNA VARA CUADRADA DE TERRENO O QUE NO TENGA NINGUNA. Para muchos timoratos podrá parecer extraño que diga esto, pero deben recordar que los bosques de Costa Rica son un recurso nacional y que la nación costarricense no puede sobrevivir sin ellos. En tiempo de guerra un

traidor será irremisiblemente pasado por las armas, y ¿no está traicionando a su país el hombre que destruye los bosques de su nación, el suelo de su patria? Aca so no está causando un daño mayor que el que causaría al revelar secretos militares en tiempo de guerra?

Ningún hombre tiene DERECHO a destruir los bosques y el suelo cuando esta destrucción perjudica a toda la nación. Su vecino no tiene DERECHO a destruir su propio bosque si al destruirlo destruyó también la tierra de usted y su agua potable.

No lejos de las poblaciones de Orosi y Turrialba —para no citar más que dos casos, a los que se les dió mucha publicidad— los finqueros han estado talando los bosques de las laderas de la montaña; el suelo se ha deslavado, la tierra no absorbe rápidamente toda el agua que le llueve, y los ríos sucios de lodo y llenos de piedras se han precipitado sobre las fincas y poblaciones arrasando con cultivos, casas y puentes.

Esta erosión, estas inundaciones, están destruyendo las tierras de labor y están destruyendo las cosechas. Se están robando el alimento de los hijos de los campesinos como si el hombre que tala los árboles se escondiera junto al comal y les robara sus tortillas. ¿Son o no responsables los hombres que talan esos árboles? Y aunque paguen algo por la tierra o por los árboles, ¿tienen derecho a destruir el alimento de los niños costarricenses que viven más abajo, en las faldas de la montaña?

Piensen ustedes en todo esto cuando tiendan la vista a su alrededor. ¿Qué perjuicio le hacen a sus niños y a los otros niños de su pueblo, la tala y las quemadas, el excesivo pastoreo y la destrucción de los pájaros? ¿Están flacos sus niños? ¿Son enfermizos? ¿Les falta alimento apropiado? ¿Qué tiene que ver con esto la destrucción de los bosques, la erosión del suelo y la falta de agua suficiente?

La segunda cosa importante de la que hay que darse cuenta es que LOS BOSQUES DE COSTA RICA DEBERIAN SER TRATADOS COMO COSECHA.

No se deben trabajar como si fuesen minas; no se deben cortar los árboles como si al cortarlos ya necesariamente hubiese que acabar con ellos.

No deben ser cosechados como si fuesen el maíz de una milpa que ya está A PUNTO; sino que se deben cosechar como si fuesen pollos y huevos. El maíz se cosecha de una sola vez, o casi de una sola vez; y esto puede ser desastroso en el bosque. Los huevos y los pollos se recogen poco a poco, durante el año; y esta es la manera correcta de cortar los árboles.

En otras palabras, vea usted que siempre haya huevos, es decir semillas de árboles; vea que siempre haya árboles tiernos, como siempre haya pollos que reemiplacen a los viejos cuando éstos hayan sido cosechados. Asegúrese de que NUNCA se talen árboles sin que haya una cosecha que los reemplace. Si Costa Rica trata de este modo a sus árboles, siempre podrá contar con una reserva suficiente para proteger el suelo y el agua, para proporcionarse leña, carbón y madera.

Si en su finca hay un bosque, corte usted los árboles más viejos, los que tienen más madera. Si la clase de árbol que usted va a cortar tarda sesenta años en alcanzar el tamaño en que últimamente puede ser cortado, corte

¿Es el tomate originario de México? He aquí un hermoso tema que desarrolla en el capítulo sexto de su libro "Cream Hill" (The Viking Press, Nueva York), Lewis Gannett. Es un libro construido con el cuidado del horticultor que entrevera plantas florales con la numerosa familia de las legumbres. Noticias históricas, fechas curiosas, nombres de personas, experiencias de la vida rural, todo eso qué el aire libre saca a flote cuando ha llegado el momento de escuchar recuerdos.

El libro comienza evocando a quien el 12 de octubre de 1762 enterró unas semillas de uva y de manzana en las colinas de Northwestern. Connecticut, es decir, Mr. Ezra Stiles. Habla del almanaque, un diario astronómico, que escribió Nathaniel Ames y fué publicado en Boston en 1757; y de lo que dió Benjamin Franklin sobre el maíz en 1785, mientras residía en Francia, y lo que sobre el mismo tema escribió dos años después Tomás Jefferson en la misma ciudad.

"Los indios adoraban a los dioses del maíz —dice el autor—. Nadie tuvo noticias del dios del tomate". Mr. Stiles, retatarabuelo de Mr. Gannett no conoció ese fruto escarlata. Fué necesario que transcurrieran algunos siglos para que miles de gentes hicieran a un lado el prejuicio de que el tomate era venenoso. Durante mucho tiempo se le consideraba uno de los demonios. Comenzaron a sembrarlo en los jardines, como planta ornamental, y no faltaba quienes lo llamaran "manzana de amor". Eso sucedía hacia 1852.

Que los indios del Anáhuac lo comían ya no cabe ni duda, y basta hacer un viaje rápido a través de los cronistas y los viajeros. La palabra es 'tomatl' en náhuatl. Afirma Mr. Gannett; "Jerónimo Cardon, que desembarcó en México en 1519 con Cortés, vió tomates en los jardines aztecas y envió semilla (Qué estupendo servicio por el hermano de Jerónimo se llas a su hermano en Cádiz. Pe había trasladado a Tánger, y las semillas le siguieron hasta tal!, es nuestro comentario). De manera que los primeros tomates que crecieron en el viejo mundo fueron sembrados en Marruecos y de allí que tengamos otra linda historieta".

Mr. Gannett sigue diciendo: "Los italianos importaron desde Marruecos el fruto america-

no, y, naturalmente, lo nombraron "pomari mori", es decir, "la manzana de los moros". Un francés oyó la frase y la malentendió, creyendo que los italianos estaban diciendo "pomo d'amore", manzana de amor", como lo haría un francés.

Pero Clifton Kroeber, de la Universidad de California, asegura —y con razón— que entre los compañeros de Cortés, no figura ningún Jerónimo Cardón (hay que ver las nóminas de conquistadores que redactó Orozco y Berra y las del libro de Francisco A. de Icaza), y que la Compañía de Jesús no fué fundada sino veinte años después de la llegada de Cortés a México. Y entonces se viene por tierra lo que ha afirmado en su campaña de publicidad sobre el tomate la American Can Company.

Los alemanes lo llaman "Liebesapfel", y los daneses le dan una denominación más tierna "appeltje der liefde", es decir, "manzanita de amor". Pero el termino entre los mexicanos, a pesar de que es de origen náhuatl, es "jitomate", el tomate rojo, mientras el verde es en México —y sólo allí se le produce— el tomate.

En 1781 en sus "Notes on Virginia", registró Tomás Jefferson la presencia del tomate entre las legumbres más comunes en su hacienda, y en 1819 demostró a unos niños de apellido Owen, en Lynchburg que los tomates no eran venenosos. No fué sino hasta 1843 cuando comenzó el tomate a tener un rango en la comida de los Estados Unidos, porque en el almanaque de Robert B. Thomas se le dedicó un artículo encomiástico.

Tal es el viaje de las supersticiones y también el de las palabras. La "pamplemousse", que figura en "Pablo y Virginia" de Saint Pierre, se ha convertido en "toronja en algunos países hispanoamericanos; pero en algunos de ellos ya se le llama "grapefruit". Nuestro aguacate —la "palta" del Perú— es el "avocado" o el "alligator pear", de los norteamericanos. El "ayote" de Honduras es "huisquil" en Guatemala, "calabacita" en México, "sa payo" en el Perú. Y así la piña o ananás, el "cacahuete" o maní, la papaya o "fruta bomba" de Cuba.

Fafael Heliodoro Valle

usted sólo un árbol de cada sesenta cada año. Porque si usted corta más el bosque no se podrá reponer por sí mismo.

Dejen en paz a los árboles que trabajan para ustedes; protéjanlos y tendrán entonces árboles más sanos, más grandes, mejores y que crecerán más ligero. Deje en pie algunos de los viejos árboles que se hayan muerto, para que en ellos puedan anidar los pájaros carpinteros. Los pájaros carpinteros les pagarán a ustedes un alquiler subido por el uso de la tierra al destruir una gran cantidad de insectos que se comen para poder vivir.

Propónganse no hacer más quemadas en los bosques, para no incendiar y destruir los arbolitos tiernos.

Si ustedes necesitan que sus ga-

nados anden por el bosque, vigílenlos cuidadosamente, y asegúrense de que no están destruyendo los HIJOS de los árboles. Tengan ustedes presente que si los tigras se comieran a todos los niños, Costa Rica no duraría mucho, y que los árboles también deben tener NIÑOS que crezcan.

Un poeta norteamericano decía que "SOLO DIOS PUEDE HACER UN ARBOL. Es cierto, pero el hombre puede impedir que los árboles se destruyan sin necesidad; y el hombre puede encargarse de que se sigan propagando para su propio beneficio. Sólo el hombre puede hacer estas dos cosas.

El porvenir de Costa Rica depende en buena parte de lo que el costarricense haga con los árboles del país.

GANDHI Y NEHRU

Por Juan Marín



UCHOS se preguntan cómo Nehru pudo ser el heredero político y espiritual de Gandhi. En efecto, difícilmente podrá encontrarse en una misma época y en un mismo país dos tipos humanos más dispares. Uno representa la ortodoxa religiosa más depurada y auténtica, mientras el otro es un agnóstico materialista, poseído, según propia confesión, de "un amor pagano por todas las bellas cosas de la vida y la Naturaleza". Gandhi fué un genio religioso, un místico moralista que veía a Dios en cada hombre y en cada ser. Nehru, en cambio, no ve dioses en ninguna parte, desde luego porque no cree en ellos y en seguida, porque no ve sino aquello que bien claramente sus retinas le muestran. El Mahatma fué un "avatar", una encarnación del espíritu sublime de la raza, de aquellas que India ofrece al mundo cada diez o veinte siglos, un redentor de almas, un salvador de su pueblo. Nehru posee, simplemente, un corazón generoso que lo hace amar a su pueblo porque sabe que su destino y el de su pueblo están íntimamente unidos e identificados. Aristócrata por nacimiento y educación, Nehru ha ido hacia las masas con una mezcla de orgullo y de humildad difícil de entender: con orgullo porque su pueblo estaba esclavizado y había que libertarlo de un opresor extranjero; con humildad porque, a medida que se acercaba a ellas, iba viendo las enormes reservas de coraje y abnegación que había en esa humanidad sufriende que él, durante los años de su infancia y juventud, había apenas divisado desde lejos y desde lo alto. Hoy esas masas indias son carne y alma en el espíritu de Nehru, refundidas en él de tal manera que no se les podría separar sin destruir a las unas o al otro. Nehru vino a "descubrir" India por la ruta de Occidente, vía Oxford, París, Madrid, Ginebra, Moscú, en tanto que Gandhi miró siempre hacia el Oeste con ojos de indú químicamente puro. Nehru viene del plano intelectual y actúa en toda ocasión como intelectual. Gandhi fué un místico y actuó, fundamentalmente, en el plano moral. Este fué un espíritu "medieval", mientras que aquel ha sido siempre un modernista. Para el Mahatma, el núcleo en torno al cual debía construirse la sociedad india era el "planchayat" del villorrio. Nehru cree en la socialización y sueña en vastos esquemas de industrialización del país: su Primer Plan Quinquenal" así lo prueba. Nehru es un espíritu progresivo que bordea a ratos con el socialismo. Es un enamorado de la acción y abomina de liturgias, oraciones y meditaciones. Brahmanes y santones son blanco frecuente de sus sátiras. Gandhi consagraba a la oración largas horas cada día y creía en el poder absoluto de las fuerzas espirituales de "ahimsa" y "satyagraha". El enseñaba la "verdad-amor" y la "no-violencia" y decía que se debe amar más al peor de nuestros enemigos, al que más daño nos hace. Gandhi tenía el heroísmo de llevar a la práctica sus doctrinas, sin flaquear jamás. Para Nehru no existe el "ahimsismo"; él es un resistente activo contra fuerzas retrógradas, de cualquier color que ellas sean. El Mahatma amaba su ruca de hilar casera como símbolo casi religioso de su sociología. Nehru ama los gran-

des dínamos los tanques colosales y el humo de las usinas ennegreciendo los cielos de su patria. Gandhi era parroquial en su manera de ver el mundo: si él fuera hoy Primer Ministro de India, acaso India no estuviera en la NU, ni en la W. H. O. ni en "Unesco". Nehru es, por el contrario, fervorosamente internacional en sus miras y enfoca todos los problemas de su patria en función y relación de los problemas del mundo. El Mahatma era introvertido y egocéntrico; Nehru es egocéntrico y extravertido. "Cuando mejor me siento es cuando estoy hablando frente a una muchedumbre de cien mil de mis conciudadanos y me doy cuenta de que ellos me comprenden", nos ha dicho Nehru más de una vez en Nueva Delhi. Gandhi resistía la soledad admirablemente bien. Nehru no. En Gandhi como en todos los místicos, había una gran alegría de vivir, una potente irradiación de vida brotando por todos los poros de su aparentemente endeble personalidad. Nehru es un hombre más bien triste, un solitario dentro de los océanos humanos en que vive. Mirando al fondo de sus ojos, uno comprende la atroz soledad que lo circunda. Sólo en Cachemira, frente a los bellos paisajes de montañas y de lagos en que transcurrió su infancia, ese velo de tristeza parece alzarse y se transforma en un hombre jovial, alegre y comunicativo. ¡Cuántas veces notamos ese enorme y súbito cambio en nuestras ocasionales jornadas y excursiones en su compañía por el paradisíaco Valle de Cachemira! Nos decía: "—yo tengo que escapar, cada cierto tiempo de la atmósfera de la capital, salir de la prisión de mi bufete, huir de los pasillos del Parlamento e ir a fortificarme en el contacto con las masas humanas de los Estados y provincias, de las ciudades y aldeas. Necesito su contacto, como las raíces de la planta han menester de la tierra húmeda para absorber la savia vital. El estadista que se encierra en su despacho, es un hombre muerto. No importa cuán profundos sean sus estudios, cuán acabados sus proyectos: si está desligado de la realidad de su pueblo, es un cadáver político". Por esto es que Nehru es el más grande peripatético de los tiempos modernos. Las grandes extensiones de su subcontinente no tienen misterios para él. Vive en un constante ir y venir, pronunciando decenas de discursos por día, estrechando miles de manos, escuchando millones de palabras. Es un moderno Chánkaracharya, aquel brahmín que en el siglo VIII D. C. recorría la India de uno a otro confín predicando su doctrina. Las masas son para Nehru su oxígeno, los grandes mítines son el sol que dora y desentumece su psiquis. Gandhi encarnó la paradoja de un conservador "revolucionario", un tradicionalista que rompió las cadenas que ataban a su pueblo. Nehru representa la paradoja de un socialista con un gran respeto por la personalidad humana, física y moral. Gandhi se autopurifica en el ayuno y la oración. Nehru se purifica en la acción. Ambos están acordes con el "Gita" en cuanto al "desinterés" de su conducta. Gandhi miraba hacia la "Edad de Oro" de los Vedas y los Upanishads; Nehru hacia una utopía socialista de tipo fabiano o "wellsian". Y aquí volvemos a nuestro punto inicial: ¿cómo siendo tantos y tan grandes los contrastes llegaron estos 2 hombres a entenderse tan perfectamente que uno fué discípulo, lugarteniente y

ARTE Y SENTIMIENTO

Por José Edmundo Clemente

ODA deformación de la realidad —se cree— es un remedio artificioso para sustituirla, por incapacidad. Se estima mucho el "parcido" y el artista textual impresiona más hábil. Pero la realidad es un concepto y cada uno la piensa a su modo; los entusiastas del arte moderno afirman, con todo derecho, que también persiguen la realidad. Sólo lo que para ellos la realidad no reside en la pesada suerte terrenal de las cosas sino en su liberación, en su espíritu; en la inspiración depurada de acontecimientos mundanos. Para los modernos, la "verdadera realidad" no está en las formas; está en la vibración que de ellas emana. Una mujer, un árbol, una jarra, no son simples periferias venosas: son modos de ser, de sentir, del pintor; más, modos de sentirse y de ser de las propias cosas. O en un arbitraje imparcial: la realidad no está en el hombre ni en las cosas sino en la atmósfera en la cual se encuentran mutuamente hombres y cosas. Atmósfera despersonalizada de formas locales que comienza a insinuarse con los nombres de Monet, Seurat, Cézanne.

Esta atmósfera metafísica tiene una identidad física: el color. En Ingres, el dibujo comprendía las tres cuartas partes y media de la pintura; hoy, la pintura es ante todo color. En verdad toda pintura es color —como toda música.

continuador del otro? Quien haya conocido a ambos puede descifrar el secreto: Gandhi vió desde el primer instante en Nehru el inmenso valor moral, el corazón frío, la voluntad inflexible, la limpieza inmaculada de su alma. Y Nehru reconoció en el Mahatma el fascinante misterio de una fuerza superior a la suya, de una sabiduría eterna e incommensurable, el poder de esa fuerza "verdad-amor" cuyas fuentes secretas vienen de un incógnito pasado de su raza. El ímpetu de Nehru se dulcifica en aquella serenidad que el Mahatma decía beber en el "Bhavad-Gita", pero que en realidad venía de muchísimo más lejos. Y pese a las discrepancias, había entre ellos muchísimas cosas en común. Mencionemos únicamente ese amor apasionado por la paz, esa abominación de la guerra "que ningún problema resuelve, sino que crea nuevos", según el decir de Nehru, ese pacifismo indio que tan mal interpretado suele, a veces, ser en las asambleas de las naciones del Mundo. Ambos estaban también impregnados hasta el tuétano de un respeto absoluto por la verdad. "Dios es amor y Dios es verdad", acostumbraba decir el Mahatma. Y Nehru proclamaba: A Gandhi debemos la magna lección de no temer jamás el decir la verdad; a él también debemos aquello de que los medios son tan importantes como el fin, que no puede haber un correcto fin si los medios fueron incorrectos". Ambos expresan verdades ancestrales de su raza. El aristócrata de Cachemira y el aldeano de Gulerat representan por igual ese conjunto de elementos morales que se llama "induismo" y del que tan altos exponentes han sido, en tiempos modernos, Tilak, Bose, Aurobindo, Aagore y el Maharishi Ramana. Si Gandhi, como Buda, fué "luz del Asia", Nehru hoy día es una potente dínamo en plena actividad.

ca es sonido— pero con los modernos llega a su más escondida esencia. ¿Significa altitud con respecto a la pintura tradicional; por ahora, solamente distinción. Mientras la pintura formalista puede recurrir al fraude sentimental de la anécdota, la pintura moderna carece de esta facilidad. Aquí no es un elemento secundario, un vehículo oficioso para transmitir informaciones.

Una aclaración oportuna; pintura anecdótica no es sinónimo de pintura clásica ni de los nombres que hoy constituyen la historia del arte. La gran pintura hizo siempre caso omiso de convencionalismos domésticos y ocultó en el lienzo intenciones que no alcanzaron a distinguir sus apologetas, cuyos iguales argumentos, por otra parte, a veces los negó. Durante trescientos años la miopía profesional relegó al Greco a los desvanes de museos; Velázquez no fué considerado en vida como pintor, en el sentido antiguo de la palabra. Se afirmaba que sus cuadros eran telas "sin acabar", meros bocetos donde la composición no está del todo delineada. Tal vez el recuerdo de Botticelli sea suficiente para desconfiar de la autoridad dogmática. Como se sabe, este delicado poeta de la línea, de la línea dulce y melancólica, combatido en su época, olvidado después de su muerte (1510), recién es recuperado en el siglo último por Ruskin y Walter Pater, quien no obstante, en 1870, lo considera de valor secundario.

Los ejemplos serían interminables. Leonardo, Rafael, Rubens, no pintaron realidad temporal alguna; pintaron "su" propia realidad estética. Podrá argumentarse que pintaron "belleza". "Pintar belleza"; he aquí otro espejismo de la "pintura que se entiende". Habría que preguntarse qué estimamos por belleza: lo que nos gusta a nosotros o lo que gusta a los demás. Con la misma certeza con que se los niega, los pintores vanguardistas responden que también pintan belleza. Nadie puede discutirles; basta su personal afirmación, aún interesada, para que la seguridad opuesta carezca de eficacia universal.

Belleza y realidad son conceptos que cada uno acomoda a su manera, conforme a cada sensibilidad. La sensibilidad, en cambio, ya es un estado fisiológico del ser, naturaleza del individuo que nadie puede negar. La sensibilidad es la paciente y compleja elaboración de un sentimiento a través de los acontecimientos de la vida; la cultura, elemento externo, dará estilo, fineza, al carácter de un artista, pero el sentimiento es el que le da el empuje, la manera de ser.

Arte como expresión estética de un sentimiento, sería, entonces, la fórmula que mejor se acomoda a una definición. Ahora que, los sentimientos, salvo los comunes —amor, odio, deber— y en sus formas más comunes —amor pasional, odio encarnizado, deber de madre—, no siempre pueden distinguirse y palpase con evidencia familiar. Poseen calidades infinitas y nunca es factible un registro prolijo de todos. Y aquí está el secreto de la desconocida fuerza del arte y de la misteriosa expansión de algunas modalidades que la mayoría tilda de oscura o hermética. Siempre cabe la posibilidad de un sentimiento desconocido para nosotros y siempre es posible que alguien coincida con él. Cuando esta coincidencia sentimental se cumple, se establece la corriente de comprensión estética entre dos seres; y el arte ha comenzado.

VALLE-INCLÁN Y EL SENTIDO COMÚN

Por RAMÓN SENDER

La gente dice que los poetas están en las nubes. Su poniendo que esto sea verdad, no hay que olvidar, como decía Jules Re-

nard, que en las nubes se engendra el rayo. También de las nubes viene la lluvia que fecunda la tierra. Pero, además, yo creo que un verdadero poeta suele tener más sentido práctico que los ciudadanos ordinarios.

¿No tenía sentido práctico Víctor Hugo? ¿No lo tenía Mallarmé? ¿Y Valery, en nuestros días? ¿Y Byron, en los suyos? Todos realizaron una obra original y difícil y con ella alcanzaron provecho y honores. Hace falta, en realidad, mucho sentido práctico, además del talento o el genio, para salir adelante literariamente. Más que para una carrera de abogado o de banquero. Por otra parte, y si lo pensamos despacio, hacer dinero en los negocios y obtener dignidades en las profesiones de ley o milicia no revela precisamente sentido práctico, si por esto se entiende la aptitud para vivir tranquila y placenteramente.

Con todo lo que se ha dicho de Valle-Inclán, yo no he oído a nadie referirse a su sentido común. Y lo tenía, como cualquiera. Más que cualquiera. Lo tenía con las cosas simples y necesarias, y lo tenía también —lo que es más raro— con los sueños. Navegaba por la vida ordinaria con la misma pericia que por los mares de la fantasía. Y había una reciprocidad curiosa. A la fantasía le prestaba los recursos de su sentido común, y a la vida práctica, los de su fantasía, con lo cual los dos salían ganando.

La megalomanía valleincliniana, de la que se habla ligeramente, no existía, y si a veces todos los síntomas parecían denunciarlos, había que saber distinguir y ver en ella sólo una inclinación estética. Y un gusto literario por la tradición. No por la tradición decorativa ni formulada. La cosa era más simple y al mismo tiempo más profunda.

No es que Valle-Inclán quisiera ser marqués en la nueva o en la vieja Castilla, sino que lo era ya mejor que los blasonados. Como en México era jinete de sarape y espuela y en Galicia peregrino de la Vía Láctea, por ese mimetismo natural y secreto gracial al cual el poeta se identifica con el príncipe y con el pordiosero o el guerrero o el fraile. Incluso con los meteoros, como la luz y la niebla, en esa tarea de desintegración y reintegración a la que el poeta se somete frecuentemente. Sobre todo, el Valle-Inclán de "Divinas palabras" y el de las "Comedias Bárbaras".

En ninguna obra de Valle-Inclán se encuentra un solo título del reino idealizado. Al revés, el poeta presenta a los aristócratas bajo una luz desfavorable y tal vez grotesca. Algunos duques estuvieron resentidos con él por esa razón. Sólo trata con respeto al marqués de Bradomín, creación suya, pero sin dejar de presentarlo deformado y en caricatura.

En cambio, Valle-Inclán acumula sus gozos de rapsodia sobre gitanos, campesinos, pastores, ermitaños, bandidos, pescadores, guerrilleros. Y su admiración era para el hombre desprovisto de cir-

cunstancias adjetivas. Sus héroes no tenían entorchados, y cuando los tenían (Tirano Banderas), eran de oropel. Sus santos lo eran al margen del altar y de la ortodoxia, como el de "Flor de Santidad". También sus poetas carecen de aureola y de ornamentos, como Max Estrella de "Luces de Bohemia".

Si Valle-Inclán hubiera tenido la manía vulgar de los blasones, como la tenían otros escritores, habría tratado de un modo distinto a la aristocracia, y todos sabemos lo que en su "Ruedo Ibérico" ha escrito sobre las casas de abuelo de España. A la familia del duque de Alba la ha maltratado de tal forma que el último duque no pudo ocultar su resentimiento. Habiendo preguntado al duque un periodista, el año 1930, si Valle-Inclán sería o no considerado como candidato a la Real Academia, el Duque respondió con otra pregunta:

—¿Valle-Inclán? ¿Quién es Valle-Inclán?

Después de lo que el poeta había escrito sobre el palacio de Liria y sus moradores, ¿qué otra cosa podía contestar el duque de Alba?

Valle-Inclán, que tan ligeramente se desentendía de la aristocracia, era por naturaleza un hombre sencillo, modesto y práctico. La sencillez se advertía en su frugalidad en su ascetismo y en su resistencia a la pompa y bambolla. La modestia en la manera despegada e insegura que usaba para hablar de su propia obra. Además, era práctico. Terriblemente práctico. Sólo así pudo llevar adelante con decoro y hasta con ocasionales lujos una familia tan numerosa. Porque se dirá lo que se quiera de las dificultades económicas de Valle-Inclán, pero siempre vivió en casas de alta techumbre, vastos corredores y sombras nobles. En medio de sus tapices, Valle-Inclán seguía siendo el asceta de voz discreta y per suavisia y el hombre práctico. También, el padre de familia irremprochable.

Recuerdo una tarde en su casa de la plaza del Progreso en Madrid. Las grandezas de su vivienda anterior en la calle del General Craa habían ido eclipsándose. Era pobre, Valle-Inclán, pero en su pobreza no hubo nunca sordidez. En aquellos días de la República muchos de sus amigos habían desertado, pero le quedaban los más antiguos y adictos, como Ruiz Contreras y, entre los jóvenes, Santos Martínez, atencista si silencioso y discreto, y yo. Un divorcio reciente le había dejado como único timonel del hogar y no había sirvientes en la casa. Ni siquiera la cocinera gallega que había tenido siempre.

Acostado en una enorme cama de caoba, Valle-Inclán fumaba su pipa de Kiff. Siempre conservó algún resabio de los buenos tiempos modernistas. Hablábamos de cosas que no interesan a nadie en la vida ordinaria, pero que por eso mismo le apasionaban a él. De arquitectura histórica. Los arcos. La importancia de los arcos en el curso de la civilización. Los griegos no tenían arcos y su cultura es una cultura monolítica, de columnas. El arco romántico era humilde y ascético. El arco bizantino anuncia decadencia. (El arco romántico es ascético y, en cambio, la ojiva es mística). Valle-Inclán recordaba bajo el humo azul del kiff los gra-



dos de la escala de Dios: recogimiento, oración mental, contemplación, delirio, arrobos, trance, éxtasis y unión.

Yo le ayudaba a construir sus teorías estimulándolo a veces con discrepancias. Con pequeñas discrepancias. Por ejemplo, Valle-Inclán decía: "La renuncia del místico..." Y yo le interrumpía: "El místico no renuncia". Se quedaba un momento indeciso y yo lo aprovechaba para insistir: "El místico no renuncia a nada, sino que traslada toda su vida sensual a un plano más alto. Lo que hace es sublimar esa vida de los sentidos, que suele ser en el místico más fuerte que en los hombres comunes". Y le citaba los versos de San Juan de la Cruz:

Nuestro lecho florido
de cuevas de leones enlazado...

Valle-Inclán sonreía satisfecho. Afirmaba y decía que nuestra discrepancia era sólo de palabras, y explicaba, es decir, definía sus términos. El poeta era de una cortesía exquisita con sus amigos. Pero estábamos en lo mejor de la conversación cuando miró el reloj y dijo:

—Seguiremos hablando en la cocina porque tengo que hacer la cena para los niños.

En la cocina, Valle-Inclán preparaba una sartén y yo mondaba patatas, cosa que no había hecho ni en el cuartel cuando era soldado. Valle-Inclán seguía con su tema:

—El arco gótico es la cifra secreta de Paracletos.

Desarrollaba aquella afirmación explicando el papel del Espíritu Santo en la concepción mental y, de vez en cuando, hacía paréntesis de un realismo muy simple: "A las mujeres el cocinar les va mal a la matriz. A mí me va mal a la vejiga". Tenía ya muy agravado el mal canceroso del que murió. Pero lo decía sin amargura. Con su mano única trajinaba por la cocina. Volvía a Paracletos y a la mística. Alguno de sus niños se asomaba a la puerta, con pequeños problemas. Mariqueña decía que no tenía calcetines. Valle-Inclán, entre una explicación del trance y otra de las combinaciones de luz que permitía la ojiva en el interior de las catedrales, decía a su niña: "En la mesilla de noche de mi cuarto encontrarás dinero. Compra tres pa-

CULTURA EN EL MUNDO

INSTITUTO INTERNACIONAL DE FILOSOFÍA POLÍTICA FUNDADO EN PARÍS

En la Sorbona, acaba de establecerse un Instituto Internacional de Filosofía Política. El grupo fundador de este Instituto se halla integrado por 80 profesores y hombres eminentes de varios países.

El propósito del Instituto es estimular el intercambio y las relaciones entre las personalidades sobresalientes en las diversas disciplinas: política, filosofía, ciencias jurídicas, sociología, historia, etc.

El primer presidente del Instituto Internacional de Filosofía Política es el señor G. Davy, Decano de la Facultad de Letras de la Universidad de París. Entre los Vicepresidentes se encuentran los señores Mirkiné - Guetzvitch, A. Babel, Salvador de Madariaga, P. Van Zeeland, Calmon, Friedrich y Luigi Sturzo

DESCUBRIMIENTO DE UNA CIUDAD CARTAGINESA

En el punto extremo del Cap Bon, en Túnez, acaba de ser descubierta, en el curso de trabajos de excavación, una ciudad fundada hace trescientos o cuatrocientos años antes de la era cristiana por marinos fenicios.

La ciudad no ha sido transformada —como tantas otras— por los romanos, después de la derrota de Cartago. Parece que sus habitantes la abandonaron, por una razón desconocida.

El estilo de su construcción —según afirman los conocedores— se asemeja curiosamente al de algunas casas berberiscas de nuestros días.

res, pero tráeme los cambios, ¿oyes?. Y seguía con la sartén, con las patatas y con la cifra del Espíritu Santo, que en su maravilloso sentido práctico de poeta eran compatibles.

Yo no podía evitar la siguiente reflexión: "Se acusa a Valle-Inclán de fantástico, megalómano y absurdo. Muchos creen que es la negación misma del sentido común. En sus condiciones cualquier honesto ciudadano estaría impaciente, nervioso y dándose a los diablos. Esos mismos razonables burgueses que lo acusan se mesarían los cabellos y hablarían de su desgracia y de su mala suerte". Valle-Inclán, con poco dinero y muchos hijos, enfermo y viejo, atendía a las necesidades de los suyos haciendo de padre, de madre, de amigo, de profesor de arquitectura histórica, de cocinero y de ama de llaves sin perder un solo instante la prestancia viril y la serenidad. ¿Quién entre los hombres prácticos que lo acusan sería capaz de un ejemplo semejante?

La nobleza de Valle-Inclán no era de blasones. Nunca le oí hablar yo de esas bagatelas. Era una nobleza de hombre de creación, de poeta. Lo que pasa es que a mucha gente frívola le daba, naturalmente, una impresión de grandeza, y esa gente se venega, consciente o inconscientemente, tratando de hacer de Valle-Inclán un fantasmón retórico. Otro día insistiremos en este mismo tema.

Cartas Femeninas

TREINTA Y DOS. — SABER AMAR...!

Obra analizada: DAME LA MANO. — Líricas de Virginia Grütter". — 1954.

Estimado señor Director:

Una Musa nueva. De frescura juvenil. De amplias aspiraciones. Virginia Grütter acaba de darle el impulso inicial a un libro suyo, el primero. Emprende el vuelo ingrato hacia lo muy conocido y hacia lo desconocido. No en busca de la crítica académica, analizadora despiadada de las obras ajenas. Sino en busca de los corazones que amen como el suyo, que sepan emocionarse ante las magnificencias de lo material y de lo espiritual.

Cuando pienso en la Crítica —así con mayúscula— recuerdo una profunda definición que, de ella, hacía, ante nosotras sus alumnas, uno de mis inolvidables orientadores. Nos decía: "bella, sin duda alguna, la misión del crítico sincero: anunciar auroras, magnificar mediodías, prolongar crepúsculos vespertinos".

En este caso, la misión que me corresponde y que, con placer íntimo, efectuó, es la de anunciar una aurora de celajes de un brillo que subyuga.

El libro que ahora me interesa se titula: **Dame la mano**. No lleva dedicatoria alguna. No la necesita. Va hacia su destino: el magnífico espíritu del amado. Va como una gota de agua que obedece a la ley ineludible de la gravedad.

Dos hondos anhelos dividen las líricas del pequeño volumen. La alegría eterna y, con ella y tras ella, la nostalgia rebelde. Son dos verdades fundamentales; a ellas la poetisa quiso agregar otras que se imponen en lo íntimo de su conciencia lírica.

De la alegría saturada de pureza inefable, por la influencia del sentimiento en el tiempo, el lector se traslada, se ve trasladado, sin sentirlo, hacia la deliciosa mansión de los dolores fecundos: el de pensar, el de sentir, el de amar.

La alegría, el tiempo, el dolor, el amor señalan el sendero por el cual la artista, joven e inteligente, sensitiva y discreta, ha ido orientando su vida.

Educada en el amor y en la pasión de la poesía, la nueva Musa vive entre el sueño y el ensueño, entre el pasado que es tiempo domado y el futuro que es, también, tiempo que precisa domar.

Son, las suyas, soluciones líricas de problemas íntimos: los íntimos problemas de toda alma sensible, de honda ternura. Son inquietudes profundas que, para manifestarse, han querido aprovechar, no la queja inútil, sino la admirable forma poética, escogida con criterio personal, sin pensar en esta o en aquella predilección ajena.

Es encantadora la ingenuidad muy femenina de aquella **Cancioncilla** que abre el sugestivo volumen. En ella, la autora se pregunta: ¿dónde es que tengo el corazón? Responde, deslumbrada:

se me ha quedado de repente
sobre la hierba, bajo el sol.

Interesante es la visión, también ingenua, de un amor que es lazo y no flecha; un amor resumido en "una mano hermana de la mía", en "unos brazos de fuego por siempre al rededor de mi cintura"... y, "en el suelo, la estera florida de deseos..."

Es preciso saber amar; llena el alma con la ilusión de una felicidad eterna junto a la realidad de una efímera bienaventuranza. Es necesario convencerse de que el amor no es un fin en sí mismo. Es, simplemente, un medio para ascender hacia un universo saturado de fe. ¿En el amado? Eso nunca! Fe en una misma!

Simpática la idea de que el bello nombre de la poetisa —Virginia— sólo de la garganta del elegido entre todos, sólo de allí surge, lindo, como algo muy íntimo...

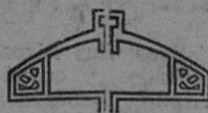
A una muy querida adolescente que está siempre a mi lado, de las composiciones de este libro inefable, le pedí señalarme cuáles prefiriera, cuáles firmaría con su nombre. Después de una tercera lectura, en voz baja, como en confidencia consigo misma, con ternura sugestiva, me devolvió el pequeño volumen. Su mano, firme y temblorosa, a un mismo tiempo, había marcado las siguientes líricas: **Invitación; Ahueco las almohadas; Pietá; Belleza del mar; Mi canto; Así te amo;** Todas ellas de la primera parte en la que me hizo observar la obsesión amarga del mar; de sus inquietudes casi humanas, de sus largas lenguas frías que han de amaestrar a la poetisa en sus cantos antiguos y modernos. La inmensidad oceánica sigue imponiéndose en la segunda parte que precisamente, lleva por título: **El mal del ancla.** En esta sección mi compañerita señaló: **Mi pueblo; Ven; Sólo un deseo y, especialmente, Maldición.**

La poetisa se siente, en todos los momentos, llena de fe; sabe que conduce siempre la bandera de la esperanza; que tiene, en los labios, a todas horas, la palabra rebelde y, por sobre todo, posee "las armas, para el largo camino, en los labios".

La artista se concede cuanta libertad le parece necesario concederse. Lo que le domina es la ternura del espíritu, la frescura del pensamiento. La forma del verso es aquella que el tema mismo le inspira. Quiero decir, la emoción se impone en todos los instantes. No sabe, no quiere someterse a un canon escogido de previo. No importa la rima; la asonancia y la consonancia se mezclan fraternalmente; con ellas hace juego hasta el mismo verso libre porque su espíritu emotivo así lo quiere.

Virginia Grütter medita a la vez que siente. Sus íntimas preocupaciones se aúnan a los propios altos pensamientos: ambos se manifiestan en la forma apropiada. Es, a mi juicio, una aurora lírica. Una noble y femenina aspiración inspira sus versos. Le interesa el propio espíritu: anhela conducirlo hacia lo más alto. Desde allá, contempla, como si fuese algo irreal, el sutil paisaje de la lejana realidad. Se forja así una especial idealización de la vida. Mejor aún: una espiritualización de esa misma existencia. La rije, en todo instante, un hondo y delicado anhelo de perfección.

Hay, en esta aurora lírica nuestra, algo que me subyuga: es una serie-

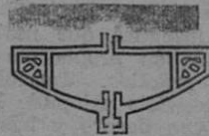


ASI
VISTEN
ELLAS

EMILIA
SANO
CASASOLA

Define el aire la
gracia de la rosa...
Sustenta el alba el
florece del trino...
Y, junto al mármol,
emerge —radiosa
arquitectura— el
encanto de su gesto
agosto...

(FOTO SOLANO)



FISICA COSMICA

A cinco mil doscientos metros de altura en la Cordillera Real de Bolivia, la Universidad Mayor de San Andrés, de La Paz, ha establecido con el concurso de hombres de ciencia de todo el mundo, un Laboratorio de Física Cósmica, que trabajará principalmente sobre partículas de alta energía.

En la actualidad lleva a cabo varias experiencias en colaboración con el Centro de Investigaciones Físicas del Brasil, con el Instituto Tecnológico de Massachusetts y con el Servicio Meteorológico de Bolivia.

Acaba de instalarse una cámara de niebla de gran tamaño, con siete placas de carbón y plomo respectivamente, y un sistema de disparo automático, gracias al cual se estu-

dian las familias de mesones pesados y partículas V.

Se espera que las fotografías tomadas por el aparato contribuyan a un mejor conocimiento de la radiación cósmica. Esta cámara, diseñada y construida para la Univ. de Chicago, fue prestada por dicha Universidad al Centro Brasileño, y éste la ha instalado en Chacaltaya, donde el Profesor Lattes, del Brasil, y el Profesor Camerini, de la Unesco, realizan un trabajo sobre el decaimiento del mesón π^+ , valiéndose de cristales de centelleo y un circuito de coincidencias rápidas.

Otra importante serie de trabajos en Chacaltaya está demostrando la gran eficacia de la colaboración científica internacional.

unidad a toda prueba. Al respecto, hice lo que podría llamarse un experimento estético. A mi hermana menor le supliqué seleccionar uno cualquiera de los poemas del valioso libro. Mientras ella buscaba la estrofa preferida, me acerqué al piano, mi confidente discreto. Empezamos a un tiempo. Ella leía en voz baja, muy baja. Como con sordina fueron desgranándose las notas de una delicada romanza de Mendelssohn. Las dos composiciones se acompañaban admirablemente. Y era natural. Ambas estaban afinadas en tono menor. En las dos, se manifestaba, con serena exaltación, la tristeza de la alegría: característica de toda una época musical. Característica de toda una edad lírica: la de Virginia Grütter.

Con la simpatía de siempre saluda al señor Director de LA REPUBLICA,

LUZ DEL ALBA